

GABRIEL RENE-MORENO

ESTUDIOS DE  
LITERATURA BOLIVIANA



BIBLIOTECA DEL SESQUICENTENARIO  
DE LA REPUBLICA

La Paz - Bolivia

## RICARDO J. BUSTAMANTE

### I

**E**STE POETA BOLIVIANO apenas si es conocido en el mundo literario de Sudamérica por una oda al Libertador en la América poética. Sin embargo, su fama en Bolivia es inmensa: no hay allí quién no se haya formado de él un alto concepto como poeta y como literato, y las gentes que se tienen por entendidas, para otorgar la supremacía poética de su país, no atinan todavía a decidirse si por Cortés, por Ramallo o por Bustamante.

Estas circunstancias bastan por sí solas para hacer que se lean con interés unas cuantas noticias sobre su vida y antecedentes literarios, y algunos apuntes críticos sobre varias de sus composiciones.

Nacido Bustamante en la ciudad de La Paz por los años de 1822, muy joven, casi tierno niño, fue enviado a Buenos Aires, donde tanto se desarrollan las imaginaciones poéticas acaso por la influencia del clima, o por el espectáculo del caudaloso Plata y de esas pampas cuya monotonía se presta a la poesía melancólica. Allí hizo sus estudios de humanidades sin estar bajo el solícito cuidado de un deudo que le guiase en los prime-

ros pasos de la vida. Pero su mismo aislamiento de entonces se inclinaba al tierno y grato esparcimiento que la poesía proporciona a las almas sensibles. Hacía versos siendo estudiante, y era el malogrado joven D. Florencio Balcarce el confidente y primer director de su musa.

Estando próximo en 1839 a ingresar a las aulas de derechos, el feroz despotismo de Rosas, que ahuyentaba a todos, obligó a Bustamante a dejar aquella ciudad. En un soneto y otros versos que publicó por entonces *El Nacional* de Montevideo, expresó Bustamante a Buenos Aires sus sentimientos de despedida:

Adiós tierra de amor, patria nodriza  
De un infeliz y errante peregrino,

ocía en uno de ellos.

De Montevideo se encaminó a París, donde se dedicó a tomar conocimientos generales, asistiendo a las clases de Literatura, Historia y Economía Política de la Sorbona. En esa capital, con la amistad de D. Eugenio de Ochoa, cultivó su gusto por la poesía, concurriendo a una sociedad literaria compuesta de los Sres. Martínez de la Rosa, Escosura, Donoso Cortés, Maury, el General D. Juan de la Pezuela y otras notabilidades de España, que a la sazón acompañaban en su emigración a la reina Cristina. A estas relaciones de Bustamante alude sin duda D. Juan María Gutiérrez en la breve noticia que da de él en la *América Poética*. El álbum de Bustamante contenía autógrafos apreciables de aquellos literatos, entre quienes aventuró alguna vez el joven americano la lectura de sus versos, y *Un pensamiento en el mar*, a la memoria de Colón, fue aplaudido allí mereciendo ser leído por el Sr. Donoso. Sabemos que Bustamante, en un viaje reciente regresando de Chile a su patria, ha perdido ese álbum, el cual tenía por introducción estos pocos pero armoniosos versos:

La lumbré nunca de su genio apague.  
Y si en raudal de inspiración le pague  
El dueño del saber, de la alta esfera,

Al noble vate o generoso amigo,  
Que una limosna de su ingenio quiera  
Echar aquí en el cofre de un mendigo.

Bustamante ayudó en París al sabio viajero Mr. Alcides d'Orbigny en su notable trabajo literario y científico destinado a hacer conocer a Bolivia en sus riquezas naturales, y D. Eugenio de Ochoa en una de sus obras de estudio sobre la literatura del siglo XV, cita a Bustamante recomendándole por haber sido su colaborador inteligente.

Por entonces entró en la carrera diplomática de adjunto a una legación boliviana en el Brasil encargada al General Gullarte. Retirado este señor de aquella corte, quedó confidencialmente encargado Bustamante de la gerencia de los negocios, hasta que dos años después fue trasladado a Lima a la Legación para el Congreso americano que no llegó a efectuarse.

Cuando Bustamante llegó al Pacífico se encontró en Valparaíso con el ex-presidente Ballivián, quien le había empleado en estas dos comisiones.

Después de recorrer algunas ciudades de la costa entró a su patria, presa a la sazón de una encarnizada guerra civil, cuyas consecuencias ruinosas sufrió él indirectamente a causa de la protección que le había dispensado Ballivián. En consecuencia salió Bustamante de Bolivia y vino a Valparaíso, donde aquel general le ocupó en un trabajo biográfico que fue dejado a poco de principiar.

Regresó a Bolivia en 1850, y sin embargo de mantenerse alejado de la política fue puesto en lista con otros más por la autoridad local de La Paz y confinado al Beni.

Poco después volvió a entrar en la carrera oficial, siendo sucesivamente Prefecto y comandante general del Beni, Prefecto de La Paz, Cónsul en las provincias del Norte de la Confederación Argentina, Prefecto de Cobija, Cónsul en Valparaíso y últimamente en Salta, donde hoy se halla desposado con una señorita salteña.

Cuando después de una ausencia de veinte años pensó Bustamante en volver a Bolivia, bullían en su mente y en su corazón

de joven y de poeta atrevidos proyectos literarios y patrióticos con cuya realización pensaba alcanzar fama o nombradía. Bien pronto esta dorada ilusión cedió su lugar al desencanto y a la amarga tristeza. Una vez en Bolivia, vio el poeta a su patria envuelta en todo género de miserias, y su alma, que no pudo ser indiferente a este espectáculo, perdió desde entonces mucho de su calor y su brío, abandonó los deseos de reputación y la ardiente sed de gloria literaria. Acometió pues, a Bustamante el mismo desaliento de que están poseídos en Bolivia muchos jóvenes de buenas y generosas intenciones, y ciertos pensadores u hombres de Estado. El carácter débil y poco ejercitado de los primeros se ha acobardado y su corazón se ha amilanado hasta el fallecimiento ante el triste y espantoso cuadro de los males nacionales; sus desengaños públicos y sus desengaños privados han hecho perder a los segundos toda fe y toda esperanza en una eficaz regeneración, y ya no hay en ellos valor para arrostrar el peligro ni abnegación para aceptar el sacrificio.

Pero en Bustamante esta enfermedad del espíritu debió ser todavía más grave y cruei. Habiendo pasado casi dos tercios de su vida en las ciudades más principales y florecientes de Europa y América, hallábase en el caso de sentir con más fuerza, y al mismo tiempo con más amargura, el contraste que forma el adelanto y creciente prosperidad de esos pueblos con el estado cada vez más lamentable de Bolivia. Ninguno menos que él podía formarse ilusiones acerca de su país. Ninguno podía saborear mejor la sarcástica hiel de esta inscripción puesta en el Teatro Nacional de Sucre al pie de un cuadro alegórico de grandes dimensiones:

Bolivia rica, libre y feliz.

En ese cuadro se representa a Bolivia en la figura de una hermosa doncella con el gorro frigio en la cabeza y el cuerno de la abundancia en la mano, sentada en un inmenso valle cubierto de variada y exuberante vegetación. Cruzan este valle en opuestas direcciones dos grandes ríos, el Mamoré y el Pilcomayo, cuyas ondas retratan el puro azul del firmamento y en cuyas

márgenes pace la ligera alpaca y la sedosa vicuña. El sol se asoma por la cumbre de aquel memorable Potosí de fabulosa riqueza, y quebra sus rayos en la blanca faz del estupendo Illimani, dejando en la sombra los opuestos y lejanos horizontes.

"¿De qué sirve ese suelo fértil y dilatado, debió exclamar sin duda Bustamante al contemplar el cuadro, si ha de estar desierto y sin cultivo, ni que civilización nos traen esos caudalosos ríos sin embarcaciones, ni qué abundancia dan esos minerales ricos pero abandonados? ¿Para qué ese cielo puro y con un sol ardiente si bajo de él no ha de agitarse un pueblo industrial, moral, inteligente, libre? ¿Qué sublimes pensamientos ni grandes acciones ha de inspirar a los bolivianos el portentoso gigante del Nuevo Mundo, si de continuo se ha de ver oscurecida su alba frente por los turbios vapores de la sangre que a sus plantas se derrama?"

Y en cuanto al cuerno de la abundancia, Bustamante, que es amigo de la verdad, esperó sin duda ver en su lugar, mientras llegan mejores días, el cuerno de la pobreza; y por lo que es hoy no pensó quizá encontrar pintado el gorro de la libertad sobre la cabeza de Bolivia, sino sobre una picota, que es donde realmente está y ha estado siempre.

Nada que halagase su fantasía, nada que aguzase su ingenio, nada que conmoviera enérgicamente su alma halló, pues, en esa patria que él había dejado rica y vigorosa, ceñida aun su frente con los laureles de la independencia, dirigiendo sus pasos hacia un grandioso porvenir; en esa patria que poco después fue señora de un inmenso territorio, que pasó sus pendones desde el Montenegro hasta el Tumbes, entonando los himnos de la victoria, que infundió respeto y temor al extranjero con el poderoso prestigio de su gloria militar. Y así el recuerdo de los mejores días de la patria fue lo único que dio pábulo a su inspiración, cantando la más pura y legítima de todas esas glorias en los siguientes versos, que no carecen de fuego y de armonía:

CANTO HEROICO AL 16 DE JULIO DE 1809

Prestadme inspiración, libertad santa,  
Para entonar los cánticos de gloria  
Al contemplar el sol que se levanta  
Alumbrando la página en la historia  
Que guarda de este día la memoria.

El día de los héroes, sin segundo,  
En que los hijos de mi patrio suelo  
Un grito alzaron, que en el ancho mundo  
Tronó, cual rayo por la faz del cielo.

Así ya estaba escrito!  
De aquel solemne y aterrante grito  
La centella sagrada,  
Que de un héroe después brilló en la espada,  
La ninfa que Colón encontró un día  
Bella y acentada sobre un mar sereno,  
De lo profundo de su virgen seno  
Exhaló con dolor: cuando mordía  
(¡Hambrienta de ser libre, y triste sierva!)  
Los duros hierros de opresión proterva.

Así ya estaba escrito!  
La América arrancó de sus entrañas  
Aquel fecundo grito  
Que el eco repitió de sus montañas;  
Y ¡Libertad! clamando, la primera  
Magnánima ciudad que el reto diera  
Al robusto león de las Españas,  
Fue nuestra Paz tan bella,  
Flor de los Andes, de Bolivia estrella.

No más esclavitud! —dijo anhelante  
De ser libre el panceño denodado;  
Y hasta el otro confín del mar de Atlante  
Aquel sublime grito transportado,  
El regio pavimento  
Hizo temblar del orgulloso trono  
Do el déspota cruel, con nuevo encono,  
Un rugido sangriento  
Lanzó cual fiera que al mirarse herida,  
El fin presente de su horrenda vida.

Sí: como chispa ardiente  
 Que presa en frío pedernal no pudo  
 Brillar hasta que siente  
 De acerado eslabón el golpe rudo;  
 Tal por tres siglos, en medroso pasmo,  
 En vuestros pechos, con dormir profundo,  
 Hijos del Nuevo Mundo,  
 De libertad yaclera el entusiasmo,

Mas estalló, por fin, el portentoso  
 Rayo que hiere a la soberbia España;  
 Y del Ande ríscoso  
 A la pampa feraz que el Plata baña,  
 De la libertad ya cunde la centella,  
 Los sepulcros del Inca conmoviendo,  
 Y en pos dejando fulgurosa huella.  
 En sed de gloria ardiendo  
 Ya el oprimido pueblo se levanta,  
 Y saludando su futura estrella  
 Lidia el guerrero y el poeta canta.

La Paz, empero, que se alzó gigante  
 Como el coloso que a su lado vela,  
 Heraldito eterno, eterno centinela,  
 Y en cuyo yelmo, que envidió el diamante  
 La casta luna sus fulgores ríela...  
 La Paz, que un día, sobre la alta cumbre  
 Del más erguido de los altos montes,  
 Donde los rayos de su estiva lumbré  
 Quiebra el sol al tocar los horizontes...  
 Quiso plantar el estandarte santo  
 De libertad, a fin que, cual lucero  
 Que Dios ostenta en su azulado manto,  
 Mirado fuese por el orbe entero...  
 La Paz, en tanto, se postró vencida  
 Por los tiranos; y en la senda oscura  
 En que de nuevo se encontró sumida  
 Su llanto devoró con amargura.  
 Del déspota feroz bajo el cuchillo  
 La sangre vio correr del gran MURILLO!  
 GRANEROS, BUENO, CATACORA Y LANZA  
 SAGARNAGA también y FIGUEROA,  
 JIMÉNEZ Y JAÉN... de la venganza  
 Del airado español víctima fueron.  
 Otros patriotas, que en sus fastos loa

Este pueblo Inmortal, tristes siguieron  
De la tierra extranjera los caminos,  
Proscritos, peregrinos;  
Pero en el corazón siempre grabada  
La dulce imagen de la patria amada.

Mas ¡guay! que en el gran libro del destino,  
Del Ser Eterno la Imperiosa diestra,  
Con rasgo diamantino  
Escrito había la venganza nuestra,  
Y todo fue entusiasmo, y todo vida:  
Sus campiñas Colombia en sangre nuestra  
De opresoras teñida:  
Allí guerrera juventud, clamando  
¡Libertad, libertad! con noble acento,  
La espada desnudando  
La vaina arroja al viento  
Y entre mil vivas a la lid se lanza,  
Contrarrestando la feroz pujanza  
Del terrible español, que el polvo muerde  
Y palmo a palmo su conquista pierde.

En nuestro cielo, el sol, tras larga lucha,  
Del Nueve de Diciembre se levanta,  
Y el universo escucha  
La voz del libre que victoria canta,  
Del gran SUCRE en la diestra al fin flamea  
La bandera sagrada  
Triunfante de Ayacucho en la jornada,  
Calla al punto el clarín de la pelea:  
Y con sonoro estruendo  
El Invicto cañón ya vitorea  
Al hijo de Colón, que audaz rompiendo  
El torpe yugo que humilló su frente,  
Se alza ante el mundo ¡libre, independiente!  
Oh padres de la patria, que en el Templo  
Habitáis de la Fama; vuestros hijos,  
Para encontrar virtud en vuestro ejemplo  
Guardan los ojos fijos  
Sobre los timbres de tan grande gloria  
Que dejasteis del hombre en la memoria,  
Incultos capitanes,  
Cuya fuerza envidiaran los titanes;  
Si en la frente hoy se ve del Nuevo Mundo  
De libertad la flor siempre íozana

Vuestra es la obra que el deber fue vuestro...  
 Mas nos queda también campo fecundo,  
 Oh noble juventud americana,  
 Que el porvenir, el porvenir es nuestro!

1850.

Pero era éste el relámpago que hace más oscura la noche. El rechazo era inevitable. Lo presente le hizo buscar lo pasado, y éste a su vez le trajo lo presente. Los hechos y los paladines de otros tiempos le hicieron ver con mayor tristeza los hombres y las cosas de hoy día. Pudo entonces decir como el gran Leopardi:

O patria mia, vedo le mura e gli archi  
 E le colonne e i simulacri o l'ermi  
 Torri degli avi nostri;  
 Ma la gloria non vedo.  
 Non vedo il lauro e il ferro ond'eran carchi  
 Y nostri patri antichi.

Y la constante presión de estos sentimientos encendió y desarrolló en él una verdadera pasión de ánimo.

Las amarguras del destierro y el furioso huracán de las pasiones vinieron después a aumentar la tribulación y el desaliento de Bustamante. Mientras estuvo confinado en el Beni experimentó vértigos terribles. No fueron solamente sus penas propias ni la suerte de Bolivia lo que entonces inquietó su espíritu; lloró también por la América y por la humanidad entera. El poeta había visto deshechas sus ilusiones; no le quedaban después de este triste naufragio ni el afecto de un amigo ni el cariño de un hermano; nada había en el mundo ligado a su angustiada existencia. En su patria reinaba la abyección y el desenfreno de inmundas pasiones. La América había olvidado sus recientes glorias y era presa de la anarquía y del despotismo. El poeta encontraba, en medio del grande aparato de la civilización moderna, síntomas visibles de una decadencia inevitable. Nunca en la historia de los pueblos cristianos se vio que imperasen los sentidos sobre la inteligencia y el corazón con tan irresistible empuje y con un carácter de universalidad tan alarmante.

como en esta sociedad del siglo XIX minada por la miseria, helada por el egoísmo, oprimida por la tiranía, devorada por esa sed insaciable de oro ante la cual se sacrifican diariamente los sentimientos más generosos y las más nobles aspiraciones. Y estos pensamientos que, si bien no tienen el mérito de la novedad ni de la originalidad, pero que no por eso dejan menos de influir en el ánimo cuando no van acompañados de ciertas verdades consoladoras y atenuantes, acabaron por convertir la pena del bardo boliviano en desesperación, su desaliento en odio a la vida. Con una elocuencia digna ciertamente de mejor asunto, pidió Bustamante la muerte a Dios en unos versos titulados **Grito de desesperación**, que a pesar de haber sido escritos en 1851, se han conservado hasta hoy inéditos. Helos aquí:

### GRITO DE DESESPERACION

Si donde quiera que mis pasos llevo  
 Encuentro soledad y mil dolores;  
 Si llanto y hieles en mis ansias bebo;  
 Si marchitas por siempre ya las flores  
     Están de mi esperanza,  
     A tu bondad yo pido,  
 Señor, la sombra del eterno olvido.

Al pie de tu cruz santa prosternado,  
 Buscando alivio en la plegaria mía,  
 Con lágrimas humildes he lavado  
 La piedra que el madero sostenía;  
     Pero siempre en la senda  
     ¡Ayl del dolor, tan larga,  
 Sólo apago mi sed en onda amarga.

¡Cuántas dichas, empero, cuando niño  
 Yo soñé por mi mal; y al soplo vano  
 Del tiempo disipadas, ni el cariño  
 Me quedó de un amigo o de un hermano,  
     No hay un alma en la tierra  
     A la mía ligada,  
 Y nada espero que me halague — ¡nada!

Los ojos tiendo sobre el mundo, y veo  
 La estupenda maldad y la impureza,

Colmada cada cual en su deseo  
Levantar más feroces la cabeza:  
La humanidad en lucha  
Contemplo, en un abismo  
Entre el negro dolor y el egoísmo.

Cadenas y cadalsos allí miro,  
Acá la mano de Caín azada,  
Allá ciudades semejando a Tyro,  
Aquí el dominio de sangrienta espada;  
Y a par de la discordia  
Doquiera el vicio inundo  
Rey absoluto domieando el mundo.

Por las regiones de esplendente lumbre,  
En alas de mi noble fantasía  
Ora mi alma acongojada encumbre  
Y busque ansiosa en lo futuro un día...  
Todo es horrenda noche,  
Y un faro de esperanza  
No columbro, siquiera, en lontananza.

Esa virgen del mundo que tan bella  
Como una flor brotó del Océano,  
Y en cuya fronta se miró la estrella,  
Nuncio halagüeño del destino humano.  
¿Por qué perdió su dicha  
Tan breve; y tanta gloria  
Hoy ve escondida bajo inmunda escoria?

Oh América, tu suelo en que natura  
Derramó portentosa ricos dones,  
Donde la libertad con la bravura  
De tus hijos ganó tantos blasones,  
Hoy en lago de sangre  
Se mira convertido  
Y sus grandezas devoró el olvido!...

Y la hija hermosa del mayor guerrero,  
Que por la augusta libertad lidiando  
De América en las cumbres con su acero  
Dejó esculpido un nombre venerando,  
La boliviana estrella,  
También oscurecida,  
También ya miró sin fulgor, aln vial...

En ella impera la abyección profunda,  
Y es el desorden su normal estado;  
Su trono el despotismo en ella funda  
O el puñal amenaza al magistrado.

Con satánica rabia  
Emponzoñan su seno  
Las pasiones del mal en desenfreno.

¡Oh patria! que en mis sueños infantiles  
Vi cual la tierra por Adán perdida,  
Arroyos de cristal, áureos pensiles,  
Edén sus campos de apacible vida...

Y ahora tantos encantos  
Viento infernal derrumba  
Y eres ¡oh patria! pavorosa tumba!

¿Qué más queda en la vida si no llanto?  
¿Qué resta al corazón si no amargura?  
Cayó la venda de tamaño encanto  
Y en vano el hombre hasta la paz procura.  
La paz de los sepulcros  
Pido, Señor bendito,

Si al cielo alcanza mi doliente grito...

Si días más serenos amanecieron para el desolado poeta; si una elevada posición política le dispensó ventajas y estímulos; si ausente de la patria pudo respirar aires más puros y vivificantes, no por eso sacudió su corazón la languidez y melancolla de que se hallaba poseído, ni entró su aventajada inteligencia en una saludable y fecunda actividad. Ved cómo se expresa en las siguientes endechas reales escritas tres años ha y publicadas en *El Celaje* de Potosí:

#### PAGINA ENVIADA AL ALBUM DE UN AMIGO

¡Ay amigo! preguntas  
Por qué calla mi lira  
y no produce férvidos  
Ecos de amor para la gloria mía.

¿Fuera acaso preciso  
Confesaron que tibia  
La inspiración sus fiébiles  
Acentos sólo al corazón hoy brinda?

¿Olvidar pretendieras  
Que el vivir ya declina  
Para mí, que tan tétrico  
Vi siempre en nieblas caminar mis días?

Amo el bien, y las flores  
Que contemplo marchitas  
Sobre el valle de lágrimas  
Siempre consiguen arrancar las mías.

He llorado desgracias;  
Bianco fui de la envidia,  
Que me mostró sus horridos  
Dientes, y he! me hizo libar un día.

A mi patria tan bella,  
"De mil glorias vestida",  
He modulado cánticos  
¡Ay! que ni un eco al porvenir envían.

La amistad es mi cuito,  
Y el honor que la inspira  
Nunca en afectos frágiles  
Unió las aimas que por él se ligan.

Pero todo en el curso  
De los años vacila  
Y como un sopio fétido  
El egoísmo los afectos mina.

¿Es verdad que es un yermo  
Para mí ya la vida?  
¿Que adentro de mí párpados  
Mustios mis ojos y sin luz ya giran?..

¿Es verdad que en mi seno  
El dolor sólo anida,  
Como el nocturno cárabo  
En el silencio de ignoradas ruinas?

Es así, caro amigo:  
-Ya mi edad se desliza  
Llevando en vuelo rápido  
Mis esperanzas, mi ilusión querida!

En laúd se trocara  
¡Ay! aquella mi lira,  
Que festivas y armónicas  
Alguna vez sus notas producía.

También rotas las cuerdas  
Del laúd, no más vibran  
Esos acordes místicos  
Que de consuelo al corazón henchían.

¡Y qué mucho, si todo  
Me abandona y abisma  
En sueños melancólicos  
Mi alma infeliz para el pesar nacida!...

¡Si los dulces ensueños,  
Miel que la edad destila,  
Entre vapores gélidos  
Huyen, y dejan mi ansiedad vacía!...

¡Oh! mis jóvenes años,  
Con vosotros perdidos,  
-Lloro ilusiones plácidas,  
Voces que al alma preludiaron dichas.

Densas brumas de otoño  
Ponen velo a mi vista,  
Y an fontananza lóbrega,  
Sólo descubro una morada umbría.

La campana del tiempo  
Suena cerca y me avisa  
Que esa morada fúnebre  
Ofrece paz al que sufrió en la vida.

En la tarde. Mis pasos  
A la noche caminan...  
Tantos fantasmas pálidos  
¡Ay! por qué vagan en las auras frías!

Hay un antro allí abierto;  
Todo en él precipita  
El vendaval mortífero  
Que troncha flores y que abate encinas.

Paz, silencio, reposo,  
Dé esa noche a mis cultas  
En sus fioridos cármenes  
Ya el mundo guarda para mí cenizas.

¿Ves, amigo, cuán tristes  
Pensamientos transitan  
Por mi angustiado espíritu,  
Como entre tumbas las nocturnas brisas?

Pasó el sueño dorado...  
Ha caliado mi lira;  
Roto el jaúd gemífero,  
Su última endecha para ti destina.

La funesta indolencia literaria de Bustamante debía con el tiempo convertirse en un mal crónico, en una firme creencia, en un verdadero sistema. Invitado por el poeta peruano D. Manuel Nicolás Corpancho para que prestase su colaboración a una revista literaria de Lima, contestó negándose en una carta asaz interesante, la cual es el resumen de sus convicciones acerca de la poca parte que él piensa tienen hoy las letras en el movimiento progresivo de la sociedad y del prestigio en que cree se encuentran ellas en nuestra América. Como son poco conocidos sus escritos, vamos a insertar íntegra esa carta, tomándola de *La Industria*, periódico fundado el año antepasado en Salta, por el mismo Bustamante.

"Sr. D. Manuel N. Corpancho.

"Si saboreo, amigo mío, con la lectura de la interesante carta de Ud. el recuerdo de tiempos de juventud más ricos de esperanzas cuando tuve el placer de conocerle, me siento a la vez atribulado; porque ¿de qué manera corresponder al llamado honorífico de Ud? Me ha parecido como que una voz amigable pero severa me arrancara de un letargo para pedirme cuenta documentada sobre la acción y el empleo de mi inteligencia en

un lapso de muchos años, sin yo poder contestar otra cosa sino que dormitaba vergonzosamente. Esta es la triste verdad. Un día creí tener el don de expresar las sensaciones delicadas del alma en esos tonos consagrados por el genio de la poesía; probé la influencia magnética de esas aspiraciones hacia la región de vagos y desconocidos encantos. Lo propio que Ud., sentí todas esas cosas que la generalidad desconoce, y cual a Ud.,

Brindaba a mi alma,  
Para elevar su vuelo,  
Sus alas la esperanza  
Su gran poder la fe.

"Pasó ese día; y vuelto a mi patria, noté en torno mío la ausencia de todo estímulo que lisonjeara los anhelos del poeta o del literato. Amortiguóse desde luego la flor aromada de tantas ilusiones queridas. Vinieron después los días amargos. Uno tras otro como una cadena enorme, a pesar sobre mi ánimo... y desfallecí. Al recobrarne de tal desmayo hube de examinar me concienzudamente; las santas creencias y el sentimiento de lo bello estaban conmigo, silenciosos como mi tristeza; empero la poesía y los ensueños de gloria literaria habíame abandonado del todo. Desde entonces, si jamás dejé de deleitarme escuchando las armonías secretas de mi corazón herido, guardé la mudez más completa; o si rarísima vez tomé la pluma, fue para rasgar el papel antes de estampar un pensamiento en acabada forma.

"Bien quisiera sincerarme explicando a Ud. las principales causas de mi desaliento para ocuparme de tareas literarias, aun de pequeñas. Entre muchos jóvenes también atacados de igual indolencia en nuestra actualidad fermentante de intereses, más de vida positiva que no bellas idealidades, ¿qué podría yo agregar de más, sobre lo que ellos dijeran, sino que he desconfiado sin cesar de mis aptitudes líricas para producir cosas dignas de leerse, y más aún de ser eficaces en algún fin de utilidad moral?

"Conocido es el espíritu dominante del día. En el común de las almas sólo encuentran eco los sonidos metálicos; cada

cerebro es como una de las modernas cajas fuertes de los capitalistas; y va el corazón de par con aquél como es consiguiente. Piensan los hombres de la civilización conducirse al porvenir con mayor acierto arrastrándose por la faz de la tierra sobre carriles férreos, y no en esos hemisferios globos expuestos a perderse en la vaguedad de los aires sin resortes que a rumbo fijo los guíe. Miguel Chevalier, cuyos estudios importantes halagan las tendencias positivistas en las sociedades modernas más adelantadas, nos ha dicho: "que la inteligencia debe buscar en las esferas del interés material común el pedestal de su dominio"; bien que la voz del bardo bretón nos grita desde ultratumba, que la civilización material es infecunda para producir algo, y que los pueblos llegarán a su perfección por los caminos del cielo, no sirviendo los ferrocarriles sino para conducirlos con mayor rapidez al abismo.' Ambas autoridades son respetables. Dirá alguna, entre tanto, que en la virgen América, mundo de alboradas serenas de creencias juveniles y de fe primitiva, no ejercen poderosa influencia semejantes ejemplos de añeja egoísmo. Mas, así como hemos comenzado, al organizar nuestras sociedades, por la forma política más perfecta y última expresión de esa perfectibilidad social en cuya procuración trabajaron tantas viejas generaciones, así también predomina hoy con fuerte poderío, entre nosotros americanos, el prurito de vestir nuestra inexperiencia con el más nuevo ropaje de las preocupaciones, las prácticas y pretensiones del antiguo mundo.

"Este es un hábito pegado ya a nuestro cuerpo social, que, mal que le venga, es su hábita definitivamente adoptado.

"Hay en América sed ardiente de progreso a la vez que indiferentismo por todo lo que no sea materia e intereses positivos; nuestra atmósfera moral es de pasiones egoístas, de rencores políticos; y la poesía es flor agostada donde no se columpla el soplo de las efusiones generosas del alma; sobre todo, no se la ama ya entre nosotros porque la Europa, veneranda maestra, presenta a nuestra vista el desprestigio en que las bellas letras han caído. La piedra sepulcral que arrojó oscuridad eterna sobre los restos de Chateaubriand, cerró como una pesada cubierta el libro de los encantos poéticos de que él escri-

biera la primera página. El romanticismo espiritual, melodía divina en su origen, subyugó los corazones durante el primer tercio del siglo; después la exageración petulante en las imitaciones de la extravagancia, hizo los caer bajo el dominio de lo irrisorio; y esto ahuyentó el gusto por las creaciones ideales. Hoy, a excepción del Maconés sublime, a quien acaso han salvado para el presente sus trabajos más serios, no hay un nombre bastante reverente en la milicia de los bardos. De Hugo debe creerse que explota su situación de proscrito para afamarse, haciendo alarde de un martirio vulgar, fruto de pasiones encontradas, y de mal acordados manejos en un hombre de años y actor en un siglo todo de verdad y no de vaporosas ideas. Los demás escritores europeos especulan; escriben no con unción y fe, no con fecundidad inspirada, sino por cálculo y cansada difusión como que deslían frases para recoger más partículas de oro de sus tareas de pluma. Hoy la pluma en uso general es una confección metálica de las fábricas; la pluma que para el escritor suministrábale antes las alas del águila ha sido desechada para siempre: ¿no podría considerarse como símbolo semejante hecho en la historia literaria de la época?

"Si en nuestra madre España el afán literario parece en verdad fluir sinceramente de la inspiración y del amor al arte, cuando se quiere estudiar al hombre social en el vato de ingenio, se le descubre mal avenido con el sentimiento de lo justo, descaradamente incrédulo y enheloso de parodiar en su conducta con relajación vulgar esos arranques de libertinaje que en Byron estimarse pudieron como descarríos sublimes porque fueron espontáneos de la debilidad humana, y que en ese raro genio llevaban como todo lo demás un sello de grandeza.

"Por mucho que duela despojarse de encantadoras ilusiones, juicioso es conformarse con la severidad de la época: universalmente ella desea como alimento intelectual otra cosa que poesía: pide graves trabajos de utilidad social y política acompañados de demostraciones prácticas: si complacida admite bellas producciones literarias, para momentánea distracción: considera el drama, la epopeya y los trozos elegíacos como armonías fugaces, efímeras notas que al igual de los recreos acús-

ticos, pasan por el alma sin dejar, tras la dulce sensación del instante, eco imperecedero ni prolongados recuerdos.

"¿Estoy engañado en pensar que éste sea el estado de los ánimos respecto de la bella literatura? ¿Será imaginarla, por mi desaliento, tal convicción sobre un hecho, al cual supuesta su verdad me habré sometido siguiendo la corriente del vulgo sin vigor por mi parte para resistirla? Tal vez deba yo asegurar que también algo de todo ello ha contribuido a hacerme renunciar tácitamente a un culto manifiesto por las musas. Hasta busco rara vez lecturas del género porque suelen ya dejar en mi alma un vacío desolante, recordándome la pérdida de ilusiones que tan halagüeñamente me sonrieran en otro tiempo. Séama, pues, permitido, migo mío, decir coplando en cierto modo el concepto tan adolorido cuanto bello del Infortunado Gilbert:

Huésped nada feliz, en el banqueto  
de los bardos del mundo de Colón  
Aparecí un instante... y en el giro  
De otro instante mi rumen se extinguió!

"Advierto que, con propósito de justificación, doy a esta carta un tono de peroración pretenciosa como para desalentar a Ud., mi inteligente amigo. Bien apartada de mis intentos quiera considerar Ud. tamaño malevolencia. Todo lo contrario; y así como he manifestado mi pequeñez de ánimo sin el menor embozo, créame Ud. que envidio sus privilegiados talentos, su constante contradicción, su vivo amor al arte y las satisfacciones inefables que con ello gozará su alma. En la primavera de sus años produzca su ingenio con prodigalidad esas lozanas flores de la inteligencia, que, como se ha dicho de Cicerón que hizo versos en su juventud, prometen sazonados frutos para el estío de la vida.

"Con cuánto placer he leído las producciones que acaba Ud. de mandarme: son ellas de lo muy bueno que hoy se escribe. Magallanes, sobre todo, me ha parecido un laurel verdadero de poeta. El *Templario* abunda en bellezas, y lo único que en su lectura detenida he podido notar como un defecto, que por otra parte hace sobresalir las altas dotes poéticas del autor, es la

profusión de ese lirismo casi oriental, es la riqueza de cantares en el diálogo; accidentes que sofocan la bella acción moral, debiendo a mi juicio predominar, ella bajo más sencilla expresión para el efecto artístico del drama.

"Una última palabra: a pesar de todo lo dicho, tal vez pudiera mi dormido numen despertar a una nueva aurora literaria; si tal prodigio se obtase en mí, Ud. lo sabrá, mi joven amigo; se lo prometo. Llegaré humildemente a llamar a las puertas de La Revista, por cuya fundación le felicito..."

Hasta el momento en que escribimos estas líneas no ha despertado el dormido numen de Bustamante a los albores de esa aurora literaria y poética que él parece presentar. Durante el periodo de su madurez, poco o nada ha hecho por su patria en la esfera de la inteligencia. Están cerrados sus libros y su lira permanece colgada.

## II

La carta de Bustamante a Corpancho es una verdadera oración fúnebre pronunciada sobre la tumba de la poesía y las letras. A Dios gracias; éstas no han muerto en el siglo XIX, y es grato asegurar por el contrario que no escasean hoy en día hombres de inteligencia y de corazón que las cultiven con provecho. Lo que hay en el caso es que Bustamante no sólo es poeta cuando escribe en verso sino también cuando escribe en prosa: altera los hechos o los finge en su fantasía, ora cante en la música divina de las musas, ora hable en el lenguaje ordinario de los hombres. "¿Será dice, imaginaria, por mi desaliento, tal convicción sobre un hecho, al cual supuesta su verdad me habré sometido siguiendo la corriente del vulgo, sin vigor por mi parte para resistirla?" Así es cabalmente; y nosotros trataremos aquí de combatir, si bien a la ligera y descendiendo más de una vez a observaciones generales, esa preocupación y ese desaliento del bardo boliviano. Al ocuparnos de este asunto, que por otra parte creemos de importancia e interés en la actualidad, obedecemos a un doble sentimiento de pena y de temor: sentimos que una errónea creencia no permita sacar de Busta-

mante, para su propia gloria y acaso para el bien de los demás, todo el fruto que sus excelentes dotes poéticas prometen; y tenemos con sobradas razones que su ejemplo ejerza una influencia funesta y perniciosa sobre la juventud de su país.

Al querer, en la carta citada, señalar la acción que corresponde a las letras y a la poesía en el movimiento social de nuestros días, Bustamante se encuentra desde luego en presencia de dos escuelas radicalmente opuestas: los partidarios del progreso material por un lado, y los defensores del progreso moral e intelectual por otro; ¡cosa extraña! el poeta no atina a decidirse por ninguna. Contentése con citar palabras textuales de escritores de las dos escuelas: como es natural, el uno dice blanco y el otro dice negro; y concluye afirmando que "ambas autoridades son respetables".

Esto en el campo de la teoría, que en cuanto a los hechos y la práctica, Bustamante no vacila en sostener de lleno que el espíritu y tendencias del siglo son enteramente materialistas, que es de todo punto una quimera tratar de detener esa poderosa corriente.

¿Qué mucho que exagere ciertos hechos, desconozca otros, y de semejantes premisas deduzca erróneas consecuencias, si no tiene, como se le ha visto, ideas propias ni fijas acerca de las nociones más generales sobre el verdadero progreso y la verdadera civilización: nociones sin cuyo auxilio es imposible colocarse a la altura conveniente para observar la complicada marcha y descubrir las ocultas tendencias de una época entera?

¿Qué es civilización?? ¿Qué es progreso?

No es necesario internarse en los recónditos senos de la metafísica para responder a estas preguntas; basta no olvidar las sanas y sencillas prescripciones del buen sentido. Civilización es el mayor grado de perfeccionamiento en la sociedad. Progreso es el desarrollo gradual, la marcha constante y segura, la gravitación hacia la perfección.

□ El hombre es un cuerpo y un alma inteligente y libre. Ha menester de la materia para satisfacer las necesidades de su cuerpo, de luz en su inteligencia para descubrir los inmensos

horizontes de la verdad y la virtud, y de la semilla del bien en su corazón para no abusar de la libertad.

El progreso en el hombre consiste en el desarrollo armónico y constante de su actividad en el campo de la materia, de la inteligencia y de la virtud.

Lo que se dice del individuo se aplica a la sociedad. Ilustración, riqueza y buenas costumbres constituyen una sociedad perfecta, civilizada. No es ciertamente hombre perfecto aquél que atesora inmensas riquezas, pero que es en cambio ignorante o corrompido. Del mismo modo, no es verdaderamente civilizado un pueblo en que la industria ha llegado a un alto grado de desarrollo, si por otro lado la moral pública y la privada están en decadencia, o si la instrucción está abandonada o no marcha a la par con el adelanto material.

El progreso social consiste en el desarrollo armónico y simultáneo de las fuerzas productoras de la sociedad en el orden físico, moral e intelectual.

Una vez lanzada la sociedad en la vía del adelanto general, el desequilibrio entre estos tres progresos o la exageración en alguno de ellos, produce el desorden y arrastra tarde o temprano a la decadencia.

Aunque estrechamente ligados entre sí estos tres progresos para prestarse mutuo apoyo, la unión entre el progreso moral y el intelectual es, sin embargo, muy más íntima y constante por razón de su común naturaleza. Ambas se ejercen en el alma y tienen por fin primordial el perfeccionamiento interior del hombre, mientras que el progreso material se ejerce en la materia y tiene por objeto nuestro perfeccionamiento exterior.

Causa extrañeza que algunos pongan en duda estas verdades universalmente reconocidas.

¿Cuál es el progreso generador que, siendo como el centro común de donde irradia todo otro progreso, siendo por decirlo así el eje en ese movimiento de traslación de la humanidad hacia sus grandes destinos, debe ser por consiguiente el pensamiento, la pasión, la voluntad firme, decidida, dominante de

la América, pueblo incipiente y nuevo que tanto se afana buscando el camino más corto y seguro que a la civilización conduzca?

El perfeccionamiento de la materia —¡la industria!— gritan los materialistas.

El perfeccionamiento del hombre —el saber y la virtud,— responde la historia, la razón y el buen sentido.

"El poder de la industria es sin igual... En los pliegues de su manto lleva el bienestar del género humano, y con el bienestar la dignidad del hombre, y la libertad... Como decía de la república francesa el audaz negociador de Campo Formio y Leoben, su existencia es como la del sol, no tiene necesidad de que se le reconozcan sus títulos al poder; desgraciado del que no lave..."

Estas y otras palabras semejantes pronunciadas en el Colegio de Francia por Mr. Michel Chevalier, de quien también cita otras Bustamante en apoyo de las ideas materialistas, se han repetido más de una vez en América como voz de salvación y de concordia general, como la palabra de vida que ha de operar una redención social y política en los desgraciados pueblos hispano-americanos.

¡La industria! La industria, como todo el mundo sabe, no es otra cosa que la inteligencia aplicada a la materia, el feliz resultado que da la práctica de los principios descubiertos por las ciencias, el espíritu humano que sujeta a su dominio los elementos de la naturaleza, la industria abraza todas esas cosas que se conciben primero en la mente y se ejecutan después con las manos; es una hechura del hombre para que, como una vil esclava sirva con su inventos a la satisfacción de las necesidades de nuestro cuerpo. Extraña inconsecuencia la de los que quieren la industria para la América sin difundir antes las ciencias que enaltecen el espíritu y hacen al hombre apto para las profesiones, las artes y los oficios. Extraña inconsecuencia la de los que quieren la civilización material sin aceptar primero el germen fecundo que la produce. No ven que la industria sin el auxilio de las ciencias es una planta exótica que no crece o que el menor evento seca para siempre.

Decir que la América debe buscar su salvación y el cumplimiento de sus grandes destinos lanzándose en las vías del progreso material con preferencia al progreso moral, a más de olvidar las leyes providenciales de la historia y las causas que han determinado nuestra condición social y política en lo pasado y en lo presente, es cerrar los ojos para no ver lo que hoy pasa en ciertos pueblos de la vieja Europa donde la industria no reposa sobre la ancha base del progreso moral.

Nadie ignora que actualmente la industria, en vez de ser una madre solícita es por el contrario una cruel madrastra para con sus hijos en los mismos pueblos donde ha llegado a un grado prodigioso de desarrollo. No es éste el lugar de hacer un cuadro de los males que acarrea el mayor número el actual régimen industrial. Bástenos citar los hechos. Conocida es la honda miseria en que yacen las clases obreras de las grandes ciudades a causa de la acción simplificadora de las máquinas que deja sin trabajo a muchos y disminuye el salario de todos. Sabido es también que la ilimitada competencia, convertida hoy en día en única ley de la industria, fomenta una abierta rivalidad entre los dueños de fábricas, y acaba por encender un odio implacable entre los trabajadores, los cuales se miran unos a otros como perros hambrientos que se disputan el pan.

Desde los sansimonianos de 1831 hasta los socialistas y comunistas de 1848, los remedios propuestos para curar estos y otros males semejantes han resultado contradictorios, quiméricos y absurdos, cuando no propios para agravar y aumentar las llagas sociales, exasperar a las masas y provocar desastres como los del 89.

¿Qué hacer entre tanto?

Entonces muchos de éstos que un tiempo despreciaron la religión y la política y predicaron la rehabilitación y el culto de la materia, han venido a parar a la conclusión más espiritual y ortodoxa confesando paladinamente que el único medio de hacer que los principios de la equidad y de la justicia presidan a la organización y régimen de la industria, es despertar ante todo en los corazones el más sincero amor al bien, es unir primero a los hijos de los hombres con los estrechos vínculos de

la concordia y la caridad. El espíritu antes que la materia. El progreso moral como condición precisa para que la industria rinda óptimos frutos y no se convierta en elemento de destrucción.

Ciertos escritores de América ya han insinuado la idea de que la más grande obra de la presente generación americana es una obra moral y política que haga cesar las crueles angustias que nos aquejan y que el gran pensamiento del mundo de Colón, el que debe agitar la mente de los gobiernos y de los hombres de bien, ha de ser ante toda la difusión de las luces, la reforma de las costumbres sociales y la mejora de las costumbres privadas, como medios de alcanzar poder y riqueza, como segura garantía de que ésta no servirá de pábulo a la corrupción y de arma a las malas pasiones. Ellos nos anuncian la libertad como inestimable recompensa de nuestros trabajos, la libertad que, descansando sobre la ancha base de la ilustración, las buenas costumbres y el bienestar material, llegará a ser realmente entre nosotros lo que es en teoría: el resumen de todos los derechos y de todos los bienes sociales y políticos.

Tal ha sido siempre la naturaleza de las cosas.

¿Está un pueblo sumido en la barbarie? — Ponedlo en contacto, dicen, con los pueblos civilizados para que sienta en su alma todo el peso de su miseria e ignorancia, estudie y se agite con el fin de obtener las ventajas de la civilización. Elevad el espíritu humano.

¿Un pueblo civilizado camina a la decadencia? — Propagad, dicen todavía, los conocimientos que dignifican al hombre y moved poderosamente las almas a la práctica del bien. Elevad el espíritu humano.

Ante todo el espíritu. Siempre el espíritu.

La indecisión que manifiesta Bustamante es, pues, de todo punto injustificable.

Pero no ha sido únicamente el óvido de estas teorías sencillas y universales, cuya rápida exposición bien habríamos omitido aquí si con ella no quisiésemos hacer resaltar más el error de Bustamante, lo que le ha decidido a abandonar el cultivo de

las letras y obligándole a colgar, quizá para siempre, su no mal templada lira. Bustamente ha renunciado a la poesía principalmente porque cree que en el suelo fértil de América no nace ni crece el laurel que ha de ceñir la frente de los poetas; porque "hay en América sed ardiente de progreso a la vez que indiferentismo por todo lo que no sea materia e intereses positivos".

Esta aserción es contradictoria y falsa.

Lo hemos dicho y lo repetimos. Progreso, en el sentido más alto de esta palabra, es andar todos los caminos que conducen a la civilización. Cuando se dice que una sociedad se agita en sentido del progreso, es porque aspira a las glorias de la inteligencia en el mundo moral y material; es porque no sólo desea enriquecerse y engrandecerse con la industria y las ciencias, sino también ennoblecerse y engalanarse con el ropaje magnífico de las letras y de las bellas artes. No se ha de decir que progresa una sociedad que desprecia las producciones de la inteligencia y las creaciones del arte, de la fantasía y del corazón, que se han contado siempre entre las más preciosas conquistas del espíritu humano, como la manifestación más espléndida de la cultura de un pueblo.

No cabe duda que en América, pueblo joven y vigoroso, es donde se ha empeñado y se empeña actualmente con más tesón esa lucha constante entre la libertad y la fatalidad, entre el espíritu y la materia, que Michelet descubre en la humanidad entera; y una de las pruebas más señaladas del progreso en el mundo de Colón es esa aspiración unisona que se manifiesta en sus diferentes secciones a crear una literatura nueva y grande cual la virgen y esplendorosa naturaleza que nos rodea. Que algo, aunque poco todavía, se ha hecho en este sentido no es posible negarlo. No ha mucho tiempo que se pensó hacer una segunda edición del interesante libro titulado *América poética*, aumentada con las composiciones más notables y originales escritas desde 1847, fecha de la primera edición, hasta nuestros días, y se tuvo que renunciar a la empresa por su misma magnitud, notándose que la obra, si no había de ser muy incompleta necesitaba aumentarse por lo menos en dos volúmenes de tan

grandes dimensiones como el existente, sin incluir en ellos más que la poesía lírica.

Otro hecho muy notable y que dice lo bastante en favor del progreso intelectual y literario de América, es la prensa periódica, privilegiada palestra no ha muchos años a la cual salían de vez en cuando a combatir ciertos escritores y hombres de Estado, hoy arma poderosa a las veces terrible, de una juventud respetable por más de un título. Recuérdese además que en Buenos Aires se han sostenido tesis literarias con talento y exquisito gusto, y debatidas cuestiones diplomáticas con admirable tino y profundidad. Frecuentemente llaman la atención de la sabia Europa los trabajos científicos publicados en Chile; y como en Méjico los intereses de los aristócratas y en Bogotá los principios liberales, ha sido dicho que en Santiago se han defendido las ideas ultramontanas con una dialéctica y elevación de conceptos dignas del Viejo Mundo.

El enemigo de las letras en América no es la indiferencia, sino la grosera ignorancia de la mayoría. Las clases que saben leer, lejos de mostrarse indiferentes a los honestos placeres y provechosas lecciones de las letras, son por el contrario en la actualidad el único apoyo de éstas, el auditorio que las escucha con más interés e indulgencia. Cierta que nada ha influido en el progreso social del continente una falange numerosa de escritores adocenados. Cierta que han sido mirados con desdén por las clases ilustradas esos poetas vacíos de inspiración y de originalidad, quienes, a semejanza de Lope de Vega, que después de describir con mucho fervor un prado y una laguna, concluye de esta suerte:

Y en este prado y líquida laguna,  
Para decir verdad como hombre honrado,  
Jamás me sucedió cosa ninguna;

no tienen más numen que la destinada furia de hacer versos y el vano prurito de llamar la atención sobre sus insignificantes personas. Más también es forzoso confesar que este castello de buen gusto natural, es más bien una preciosa cualidad que cede en honra del noble espíritu de los americanos, y es para las letras la mejor y más segura garantía de un progreso di-

radero y legítimo. Loda sea la buena intención de esos autores, cuando la hayan tenido; y en su mérito, no usemos de malignidad con ellos publicando su pobreza y ridiculizando sus defectos, sin que procuremos, en bien de su honra y tranquilidad, que el polvo del olvido caiga ligero sobre sus escritos. ¿No es éste un acto de justicia?

Pero si la gran mayoría ignora los rudimentos de la lectura y escritura, no por eso falta en América un auditorio compacto, numeroso y respetable, el cual nunca dejó de escuchar con atención a quien le supo hablar con verdadera elocuencia. La comunidad de idioma y de origen, la igualdad de instituciones políticas, la grande unidad moral que reina entre las repúblicas hispano-americanas, hacen que las clases ilustradas o civilizadas de todas ellas formen en conjunto un gran y solo pueblo, al cual puede dirigir el filósofo y el historiador sus lecciones, el orador sus discursos, el poeta los sentidos y armoniosos acentos de su lira.

A pesar del aislamiento en que viven unas de otras las naciones de América, el poder de un buen libro, como en todas partes, ha hecho siempre salvar a éste las fronteras del pueblo en que ha sido escrito o publicado. No nos fijaremos en los Principios de Derecho Internacional, la Gramática castellana y la Ortología y métrica, de Bello; el Diccionario y el Derecho canónico americano, de Donoso; el Diccionario de galicismos, de Barait; el Semanario de la Nueva Granada, reimpresso últimamente en Europa, ni en la Colección de obras y documentos sobre la historia antigua y moderna del Rio de la Plata, de Angelis; la Biblioteca del Comercio del Plata, de Varela, la Colección de documentos sobre la vida pública del Libertador Simón Bolívar, de que se han hecho dos ediciones en Caracas; ni en tantas otras obras publicadas después de la Independencia, notables en la misma Europa, donde se han hecho copiosas ediciones de algunas de ellas sin auencia de sus autores. Aunque su consumo y creciente demanda están probado que en América hay grandes necesidades intelectuales que satisfacer, son con todo obras de una utilidad manifiesta, de un interés didáctico y científico que las hace indispensables. Tampoco haremos argumentos de libros como el del general Mosquera y el de Irisarri so-

bre el asesinato del general Sucre, la Historia de la revolución de la república de Colombia, por Restrepo; las Memorias sobre la guerra de Tejas, por Filisola; la Historia de la guerra entre México y los Estados Unidos, escrita por una sociedad de mejicanos; las Tablas de Sangre, por Rivera Indarte; la Campaña en el ejército grande, de Sarmiento; la Defensa de la autoridad de los gobierno, etc., por Vigil; ni citaremos los numeros escritos de Monteagudo, Irisarri, Luis Mora, Yastarría, Alberdi, Frías, Bilbao, etc., etc. Acaso dirá Bustamante que esos libros, que ya han llegado por su circulación a ser vulgares, y esos escritos esparcidos profusamente en el inmenso territorio hispano-americano, deben su popularidad o a las circunstancias en que han sido publicados, o al grande interés social y político que encierran. Queremos que Bustamante arroje una mirada únicamente al campo de las bellas letras y la poesía; y verá cómo ni nuestras discordias civiles, ni el lamentable atraso de la industria tipográfica en la mayor parte de nuestras repúblicas, ni el subido costo de los libros publicados en el continente, ni la competencia de la Europa en el precio y el mérito literario, ni tantas y tantas dificultades con que tropezán todavía las letras en América, han sido parte a entorpecer su vuelo audaz, a debilitar la fuerza vital que las propaga y robustece, a marchitar sus flores ni desvirtuar sus perfumes.

¿Será preciso que hagamos aquí una lista de los numerosos trabajos literarios escritos en América que han alcanzado inmensa popularidad? Bástenos citar entre otros los Peregrinaciones de Alpha, por Ancizar; las Memorias sobre la vida del Libertador, por Mosquera; el Compendio histórico del descubrimiento colonización de la Nueva Granada, por Acosta; las Biografías de americanos, La Reconquista española, y la Dictadura de O' Higgins por los Amunáteguis; la Historia General de la independencia de Chile, por Barros Arana; la Colección de artículos de Jotabeche, por Vallejo; la Historia del Paraguay y Río de la Plata, por el dean Funes; el Facundo y los Recuerdos de provincia, por Sarmiento; el Caramurú y el Celar, por Magariños Cervantes, etc., etc. Las obras poéticas de Maítin, Caro, Mármol, Sanjuanes, Blest Gana, Lozano y tantos otros, andan en manos de todos; y no solamente en América, sino también en Europa, se han

hecho ediciones de las de Heredia, Navarrete, Plácido, García Goyena, Madrid, Aboleda, Olmedo, J. M. Valdés, Corpancho, Matá, Real de Azúa, Echeverría, Magariños Cervantes y algunos más. ¿Quién no conoce en nuestro hemisferio la *América poética* que publicó Gutiérrez, la *Historia General de México* por Alamán, y la *Historia antigua y moderna de Venezuela* por Baralt y Díaz? La copiosa edición que en Valparaíso se tiró de la primera, se halla desde mucho tiempo agotada; la prodigiosa circulación de la segunda no ha disminuído sino aumentado la demanda que hay de ella en América y España; y en cuanto a la estimación de que goza la tercera, es curioso ver cómo se disputan o arrebatan las muchas personas interesadas el ejemplar de esta escasa obra que de vez en cuando viene a América a proporcionar una fuerte ganancia a algún librero.

Si la poesía y las letras se mirasen en América con indiferencia y desdén, no veríamos a sus acreditados representantes gozando del respeto y estimación de todos los americanos. Una aureola de gloria rodea el nombre de casi todos los escritores y poetas que acabamos de citar. Sustantemente no puedo negar este hecho. Estos mismos escritores y poetas han ocupado, además, u ocupan actualmente en su patria, y aun en las naciones hermanas, los puestos sociales y políticos más distinguidos. Y ya que en este punto se hace también preciso citar nombres propios, para ahorrarnos tan larga tarea nos contentaremos con recordar a Alamán, Lanzas, Pesado y Quintana Roo en México; a Irisarri y García Goyena en Centro América; a Maltín y García Quevedo en Venezuela; a Madrid, Salazar, Zea, Restrepo, Arboleda, Ancizar, Samper, los Pombos y tantos otros en Nueva Granada; a Olmedo en el Ecuador; a Pando, Pardo, Márquez y Corpancho en el Perú; a Sanfuentes y García Reyes en Chile; a Varela, Mármol, Frías, Mitre, Alberdi, Gutiérrez, etc., en las márgenes del Plata, Irisarri, García del Río, Heredia, Sarmiento, Pardo, Bello, no solamente han desempeñado en su país natal destinos de importancia sino también en las vecinas repúblicas; algunos hasta el de Ministros de Estado y el de Plenipotenciarios.

Que la miseria y las persecuciones hayan amargado u oscurecido la existencia de algunos americanos de noble corazón

y arrogante pluma, no quiere decir sino que desde Homero y el Dante que vivieron desgraciados, hasta Cervantes y Camoens que cosecharon hambre y menosprecio, la suerte suele ser injusta en todos los tiempos y países, y que ciertas causas accidentales alteran de vez en cuando la rigurosa constancia con que se suceden ciertos hechos en el mundo moral.

Es todavía más inexacta e injusta la aserción de Bustamante por lo que toca a Bolivia. Allí se ha aplaudido siempre a todo el que escribe con tal que lo haga recia y apasionadamente. El público es tan poco exigente, que no para la atención ni en la buena o mala ortografía de sus escritores. Todo le sobrecoge y le toma de nuevo, y esto por causas muy fáciles de adivinar. No solamente han gozado allí del atra popular los escritores de algún mérito, como el estadista Dalence, el historiador Urcullo, el folletinista Olañeta, el periodista L. Velasco, los poetas Cortés, Ramallo y Bustamante, sino que también se han decretado honores y medallas al declamador Loza, que ni es tampoco un declamador a la manera de Volney y de D. Casimiro Olañeta; se han escrito artículos pomposos y llenos de elogios en favor del poeta Galindo, a quien no se debía aplaudir sino curar; han sido, en fin, considerados por los gobiernos y vitoreados por la juventud, esos atolondrados que en ocasiones se han apoderado de la prensa periódica para decir necedades, comprometer graves intereses políticos y atizar el fuego de la revolución.

Bustamante no habrá olvidado un hecho que le es muy personal. Cuando fue elevado a la prefectura de La Paz, departamento el más populoso e importante de Bolivia, no se tuvieron ciertamente en cuenta ni antecedentes políticos, ni conocimientos administrativos, ni experiencia de los hombres y de las cosas de la República. Recién llegado a Bolivia después de una ausencia de veinte años, sólo se sabía de él que era literato y poeta.

Pero aun aparte de los hechos, decir que el alma de los americanos limita su acción y sus aspiraciones al mundo de la materia y de los intereses positivos, es, o negar implícitamente la unidad de la especie humana suponiendo que no tenemos todas las facultades que el resto de los hombres, o des-

conocer la esencia íntima de la poesía y el sentimiento estético de nuestra naturaleza que le sirve de fundamento. Lo primero es un absurdo que no merece otra contestación que la bula de Paulo III, la cual manda se considere y tenga a los americanos como a hombres de la misma naturaleza y especie que los demás de la tierra. Lo segundo es un error o una preocupación que, si es común entre ciertas gentes entregadas exclusivamente a la vida de la materia y de los sentidos, es extraña, imperdonable en el poeta Bustamante que, como tal, no sólo ha sentido en su corazón la sed de lo infinito al contemplar lo bello y lo sublime de la naturaleza, sino que ha comunicado a los demás esas armonías misteriosas del alma.

¿Por qué canta el poeta? preguntan en tono burlesco ciertos materialistas que creen sin duda que la poesía es un capricho de esta o aquel país, la moda de cierta época, o un fútil entretenimiento de circunstancias. Porque el prado y el bosque, el llano y la montaña, el río y el lago, la gloria y el amor, la felicidad y el infortunio, porque la naturaleza entera dice al corazón llena de fuego y armonía del poeta: "ama y canta". Preguntar por qué canta el poeta es lo mismo que preguntar por qué el condor sube hasta la nevada y altísima cumbre de los Andes; por qué la pija y la juvia rinden sus dulcísimos y copiosos frutos a las márgenes del Orinoco; por qué la generosa palmera y el arrogante cocotero yerguen sus copas en las llanuras Amazónicas; por qué en la inmensa pampa se escuchan en la noche ruidos misteriosos. El poeta canta porque esa es su naturaleza, porque, como dice Zorrilla, su gémien es el amor, su esencia la armonía, y su destino cantar donde y cuando la inspiración le domina y arrebate.

¿Qué importa lo que forma la esencia del poeta?  
 ¿Qué importa lo que guarde su inquieto corazón?  
 Su alma, cual los vientos, a nada está sujeta:  
 Su espíritu no tiene ni patria ni región.  
 Su pecho está colmado de amor y de armonía:  
 Los átomos más leves le traen la inspiración,  
 Y canta, como canta a la luz del nuevo día  
 El ave a quien da el bosque nocturno pabellón,  
 Él es un átomo que forma coro

Con cuanto tiene cuerpo sonoro  
Armonizando la creación:  
Mas ¿por qué canta? ¿con qué se inspira?  
Por lo que canta cuanto respira,  
Cuanto en el orbe produce son.

Canta porque su germen  
es la armonía:  
Por ley de quien del caos  
le trajo el día  
cuya ley santa  
Con cuanto es le dice:  
"¡Cántame!" y canta.

.....

Oyeme, pues, ¡oh mundo! Mi ser con tus tesoros  
De amor y de armonías ha henchido el Criador,  
Y canto como cantan los átomos sonoros,  
Y amo como aman los átomos de amor;  
Yo hechizo de la vida las horas más ingratas,  
Yo aduerto las febriles vigiliás del dolor,  
Al son de mis alegres nocturnas serenatas  
Que imitan el amante cantar del ruiseñor.

Creólas loca mi fantasía  
Vistiólas ricas mi poesía  
Con cuánta gala creyó mejor:  
Y sus compases, tal vez extrañan  
Porque a mi antojo les acompañan  
Atica ilra, moro atambor.

Porque yo, bardo errante,  
cosmopolita,  
Canto a par en el templo  
que en la mezquita,  
y risa y llanto  
Díceme al mismo tiempo:  
"¡Cántame!" y canto.

Los que afectan desconocer ciertos hechos que sacan su origen de la naturaleza humana; caen no sin frecuencia en contradicciones flagrantes. Napoleón despreciaba a los poetas y el mismo lo fue, y poeta de soberbia inspiración, en el momen-

to de las grandes batallas. Mr. Chevalier, que en sus escritos sobre organización social no toma en cuenta a lo que parece todo ese orden de ideas y sentimientos que satisfacen el instinto poético innato en el hombre, no ha podido sustraerse a la influencia de la imaginación al tratar de una ciencia cuyos únicos guías son la fría observación, el desnudo raciocinio y el cálculo matemático. En su *Curso de Economía Política* hay páginas que son un himno heroico en loor de la industria, un diti-rambo de sonora entonación en que se cantan las glorias de la materia con el mismo fuego lírico que Quintana la invención de la imprenta en la inmortal oda de este nombre. El mismo Bustamante nos dice que ha tenido que abandonar la lectura de esas obras que responden a las ocultas armonías de su corazón de poeta, porque siempre dejan en su alma un inmenso vacío y una penosa impresión recordándole sus ilusiones y proyectos literarios de otros tiempos. Hace como los compañeros de Ulises, que, en su peregrinación por los mares en busca de su patria perdida, se tapaban los oídos para no escuchar los cantos de las sirenas, cuya seductora armonía había de serles tan funesta.

Poniéndose a andar desbarató victoriosamente Diógenes los argumentos de un filósofo que negaba el movimiento. No hay más que ponerse a cantar para confundir a esos que desprecian la poesía y no piden para el individuo y la sociedad sino oro y materia.

Bustamante apunta como causas de nuestra esterilidad literaria: primera, la sed de oro que en la época actual devora al común de las almas; segunda, la decadencia de la literatura europea, nuestra maestra y nuestro modelo; y tercera, nuestras discordias civiles.

Probada la falsedad del hecho, como creemos haberlo probado, nada tenemos ya que ver con las causas, si no es para considerarlas como simples fenómenos sociales que hayan tenido una influencia más o menos directa sobre nuestra literatura.

La codicia es muy vieja en el mundo. Data del tiempo de Caín. En los pueblos de avanzada civilización se presenta amenazadora porque obedece a estímulos poderosos, y en las na-

ciones semibárbaras o atrasadas porque no hay fuerzas morales que la traben y aniquilen. Y con todo, las letras no han dejado de florecer en muchas ocasiones, ni la ley del progreso ha dejado de presidir y regular constantemente la marcha de la humanidad. Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita, en su poema, notable por ser uno de los monumentos más antiguos de la literatura española, satiriza la influencia y el poder del dinero en su tiempo, de un modo picante y asaz amargo. Vamos a copiar ese fragmento de vieja poesía castellana a fin de que se vea cómo lo dicho por el Arcipreste acerca de la sociedad del siglo XIV, que no por esto era menos una época de ardiente fe, acendrado patriotismo, valor esclarecido e incontrastable lealtad, puede aplicarse en sustancia a esta sociedad del siglo XIX, la cual, sin embargo, tanto se diferencia de aquella en otras cosas.

Mucho fasce el dinero, et mucho es de amar;  
 A el torpe fasce bueno, et omen de prestar;  
 Fasce correr al cojo, et al mundo fablar;  
 El que non tiene manos d'nero quiere tomar.  
 Sea un home necio et rudo labrador  
 Los dineros le fascen fidalgo y sabidor:  
 Quanto más algo tiene tanto es más de valor,  
 Et que non ha dineros non es de sí señor.  
 Si tovleres dineros habrás consolación;  
 Placer é alegría, del Papa ración;  
 Comprarás parayso; ganarás salvación:  
 Do son muchos dineros es mucha bendición.  
 Yo ví en corte de Roma, do es la santidat  
 Que todos al dinero fasen gran homildat,  
 Gran honra la facían con gran solenidat,  
 Todo a él se homiilan como a la magestat.  
 Fasia muchos Priores, Obispos et Abades,  
 Arzobispos, Doctores, Patriarcas, potestades;  
 Fasia de verdat mentira, et de mentira verdades.  
 Fasia muchos clérigos e muchos ordenados;  
 Muchos monjes e monjas relijiosos sagrados  
 El dinero los daba por bien examinados.  
 A los pobres desian que non eran letrados,  
 Daba muchos juicios, mucha mala sentençia;  
 Con muchos abogados era la mantenencia  
 En tener pleytos malos et faser avenencia;

En cabo, por dinero había penitencia.  
 El dinero quebranta las cadenas dañosas;  
 Tira cepos é grillos, et cadenas plegosas;  
 El que non tiene dineros, échanle las posas.  
 Por todo el mundo fase cosas maravillosas.  
 Yo vi fer maravilla do el inucho usaba,  
 Muchos merecian muerte, que la vida les daba;  
 Otros erant sin culpa, él luego los mataba;  
 Muchas almas perdía, et inuchas salvaba.  
 Fase perder al pobre su casa é su viña;  
 Sus muebles é raíces todos los desaliña;  
 Por todo el mundo anda su sarna é su tiña.  
 Do el dinero juega, allí el ojo guiña.  
 El fase caballeros de neclos aldeanos;  
 Condes é ricos omes de algunos villanos;  
 Con el dinero andan todos los omes lozanos;  
 Quanto son en el mundo le besan hoy las manos.  
 Vi tener al dinero las mejores moradas  
 Altas é muy costosas, fermosas é plntadas.  
 Castillos, eredades, et villas entorreadas  
 Todas al dinero sirven, et suyas compradas.  
 Conía inuchos manjares de diversa naturas,  
 Vestía los nobles paños, doradas vestiduras;  
 Guarnimientos extraños, nobles cabalgaduras.  
 Yo vi a muchos monjes en sus predicaciones  
 Denostar al dinero eta sus tentaciones;  
 En cabo por dinero otorgan sus perdonas,  
 Asuelven el ayuno, así faseñ oraciones

.....

Toda inujer del mundo et dueña de alteza  
 Págase del dinero et de mucha riqueza;  
 Yo nunca vi ferrosa que quisiese pobreza,  
 Do son inuchos dineros, y es inucha nobleza.  
 El dinero es alcalde et juez mucho loado,  
 Este es consejero et sutil abogado;  
 Alguacil et merino bien ardit esforzado;  
 De todos los oficios es muy apoderado.  
 En suma te lo digo, tomalo tu mejor,  
 El dinero del mundo es gran revolverdor;  
 Señor fase del siervo, del señor servidor;  
 Toda cosa del siglo se fase por su amor, etc.

.....

Lo que no sería quizá desacertado, es decir que estamos en una época de transición y por consiguiente de estudio, de análisis en todos los ramos de la actividad humana; y que el espíritu moderno no es decididamente práctico, positivista y emprendedor. No creemos que este espíritu sea funesto para las letras: quiere decir que éstas y en especial la poesía, se han de espaciar menos en las regiones de lo ideal y fantástico, y que han de bajar con más frecuencia a la tierra para mezclarse con la vida real y tomar su parte de trabajo en la constante labor en que está empeñada la sociedad. Esta idea, popular hoy en día y en el mundo de Colón, lejos de considerarse como una rémora, se tiene como uno de los medios de dar a nuestra literatura un tinte americano y propio, un carácter de marcada originalidad.

Por otra parte, esas tendencias positivistas y esa infatigable laboriosidad de la presente generación, son más favorables a las letras que lo que a primera vista pudiera uno pensar. Cansado del trabajo y aturdido con el estrépito de la industria, hoy busca el hombre de bien en la lectura un descanso grato y reparador, y quiere generalmente que se le instruya y convenza deleitando al mismo tiempo su imaginación. De aquí ha nacido la estrecha alianza de las ciencias y las letras; pues para hacerse populares las primeras han tenido que pedir prestadas a las segundas sus formas elegantes y seductoras; de aquí también ese baño poético que hoy ostentan todos los géneros de literatura, y que ha hecho decir a algunos que el espíritu moderno es superficial.

Bustamante habla también de la decadencia de la literatura europea. Si tal vez no faltan razones para afirmar este hecho con respecto a las de Francia e Inglaterra, no se puede decir lo mismo en cuanto a la de España que, no sólo por los vínculos naturales que a ésta nos ligan, sino también a causa de esa reacción de simpatías tan noble como ilustrada que en favor de la madre patria se va declarando hoy en América, y en fuerza del mismo brillo e indisputable mérito de un crecido número de poetas y escritores españoles contemporáneos es la literatura moderna que de algún tiempo a esta parte influye más decididamente sobre la nuestra. Y aun cuando así no fue-

ra no sabemos en virtud de qué ley histórica o literaria la decadencia de la literatura de un pueblo viejo ha de arrastrar en su corriente la de otros pueblos nuevos en el mundo de la civilización y cuyo estado social es enteramente diferente. La historia cuenta que sobre las ruinas de la civilización y literatura griegas se levantaron pujantes y vigorosas la civilización y la literatura del siglo de Augusto, y, en tiempos más cercanos a los nuestros los astros brillantes que alumbraron a los hijos de Carlos V en el siglo XVI, cuando el poder y civilización de España dominaban en ambos hemisferios, se eclipsaron tristemente a la entrada del siglo XVII para dar lugar en el horizonte europeo a los grandes luminares del reinado de Luis XIV en Francia. Las decadencias no se comunican si no a los pueblos que ya tienen gastados todos los resortes de su vida social y no puedan por lo mismo resistir a esos empujes devastadores. ¿Qué hay que deba morir en América, si recién ésta se agita con las angustias y los dolores del alumbramiento? La Europa es nuestro modelo en literatura, como lo son Grecia y Roma, únicamente en sus obras maestras; cuyo estudio, adiestrando nuestro ingenio con la imitación, templando nuestra alma con la admiración y al entusiasmo, elevando nuestro espíritu y ensanchando el orden de nuestras ideas con ese inestimable legado de pensamientos y de sensaciones, enriqueciendo, en fin, nuestra fantasía con esa esplendorosa multitud de tipos de belleza creados por la mente sublime de hombres extraordinarios, irá preparando en nuestro suelo la fecundidad, para cuando el genio de la inspiración y de las altas concepciones, traemigrado de otros pueblos, renazca en el Nuevo Mundo y posea de firme sus alas sobre la cumbre de los Andes.

Acá en América nuestras discordias civiles, si no han permitido en verdad que el afán y el movimiento literarios se aumenten y propaguen cual es de esperar de mejores y serenos días, no han sido ni con mucho tan funestas para el espíritu y el corazón que hayan secado el manantial de las dulces y tiernas armonías, e impedido que fructifique el germen de las ideas y de las producciones científicas. Así y todo como es, la literatura americana es ya un hecho cuya verdad e importancia, comprobados con documentos suficientes, algunos de los cua-

les son también grandes y nobilísimos esfuerzos del ingenio, habrán que tomarse doblemente en cuenta en la historia de la civilización de estas regiones, y en la historia de los progresos del espíritu humano. Alguna vez nuestras sangrientas discordias son también la porfiada lucha de ideas y de principios convertidos en pasiones, el choque tremendo de sistemas políticos y sociales llevados hasta la exageración o la violencia; y allí ha encontrado abundante pábulo una elocuencia lozana y vigorosa, y allí se ha inflamado la noble alma de los poetas, produciendo actos sublimes y patéticos. Esa actividad de los espíritus durante la borrasca, no se ha calmado ni extinguido cuando en el horizonte político han brillado algunos días de bonanza; sino que, buscando infatigable otro campo donde ejercitar sus fuerzas, lo han encontrado vasto y fecundo en las letras y en los estudios científicos, sociales y políticos. Los poetas entonces, al contemplar las grandiosas soledades del Nuevo Mundo, se han sumergido en profundas meditaciones acerca de las misteriosas verdades del destino humano; y en pintura animada de sus afectos y pasiones, han avanzado conceptos muy elevados para llegar a la solución de los importantes problemas del siglo XIX, pudiendo más de uno decir como Guttinguer:

Il est rece bénie  
 Qui cherche dans le monde un mot mystérieux,  
 Un secret qui du ciel arrache le génie,  
 Mais qu'aux yeux d'un amant ont demandé mes yeux.

Y en ese mismo silencio de muerte que dejan tras de sí nuestras revoluciones, cuando los nobles espíritus caen en el desaliento y en la tribulación, en vista de los males de su patria y de la raza hispano-americana, cuando todos lloran al amigo, al hermano, al esposo, al hijo, al padre, encarcelados, proscritos o muertos en la refriega; la poesía, la dulce y tierna poesía, íntima y solícita compañera de la tristeza del alma, tibia brisa de la mañana que reanima las flores marchitadas por el frío de la noche, es entonces el deseo vivo y ardiente de los corazones, una necesidad imperiosa en la sociedad entera. Sólo una profunda degradación moral nos haría impotentes en materia de literatura. En América no estamos envilecidos por los vicios

infames, ni degenerados por los placeres sensuales, para no sentir la noble aspiración a lo verdadero, a lo bueno y a lo bello. Es preciso no confundir la vejez con la infancia, la extenuación que conduce al sepulcro, con los tropiezos y caídas de la niñez que enseñan a caminar. Una cosa es el caos que precede al aniquilamiento, y otra la tempestad deshecha que acaba por purificar el aire y fecundizar la tierra.

### III

Con un argumento histórico o que envuelve por lo menos algún interés nacional, casi todas las poesías líricas que conocemos de Bustamante son la expresión del entusiasmo o sentimiento público. La *Armonía fúnebre en la muerte de mi hija*, y la *Página enviada al álbum de un amigo* son las únicas que con propiedad pertenecen a ese género de poesía doméstica e íntima del alma, tan cultivado y manoseado por los poetas. Muy extraño es, por ejemplo, que jamás haya dado a la estampa una sola composición amorosa, cuando ni el R. P. Fr. Manuel Martínez de Navarrete ha dejado, entre los americanos, de pagar su tributo a la musa inmortal de los amores. El ha escrito ciertamente canciones, endechas, madrigales y otras composiciones ligeras, así como también varios ensayos épicos y dramáticos; pero como cree que las obras poéticas, especialmente las que no se proponen un marcado e inmediato fin social, se consideraron en esta época de positivismo "como armonías fugaces que, al igual de los recreos acústicos, pasan por el alma sin dejar, tras la dulce ilusión de un instante, eco imperecedero ni prolongados recuerdos," las tiene cuidadosamente encerradas en las gavetas de su escritorio y se ha negado con firmeza a publicarlas.

Bustamante es muy dueño de hacer con sus versos lo que le pareciere mejor; pero no tiene derecho para acusar al siglo XIX. Creemos de nuestro deber el repetirsele esta vez más.

Los poetas adocenados no tienen por qué extrañar el desdén del siglo. Hace mucho tiempo que Horacio se los ha predicho con paternal solícitud cuando dice:

..... mediocribus esse poetis  
 Non homines, non Di, non concessere columnae.

En cuanto a los poetas de genio, no deben éstos olvidar que el dulce, el sencillo, el pladoso Bernardino de Saint-Pierre conmovió profundamente al frío, al escéptico, al materialista siglo XVIII.

Mr. Villemain ha dicho: "Aunque un siglo esté preocupado por graves intereses, por estudios científicos, o aunque un siglo sea frívolo, epicúreo, que se paga en literatura de ingeniosas agudezas, si le mostráis la verdadera poesía, fijaréis poderosamente su atención, le arrebatardis, os haréis escuchar. Poetas, quienesquiera que seáis, no acuséis jamás a vuestro siglo; entre tanto, siglos, acusad alguna vez a vuestros poetas".

Pero entremos de una vez en el examen de las poesías de Bustamante.

Los autores suelen mirar con amante predilección a aquella de sus obras que no llega a ser jamás la favorita de los contemporáneos, ni de la posteridad, ni del buen gusto. Es debilidad común así a los pequeños (lo cual no es de extrañar) como a los grandes ingenios. Refitiéndose Lope de Vega a su Dorotea, que es de las más inferiores de sus producciones, decía muy satisfecho:

Por fortuna de mí la más quetida;

y Cervantes esperaba alcanzar mayor fama de los Trabajos de Persiles y Sigismunda, la peor de sus novelas, que de cuanto había escrito, incluso del Quijote.

Lo propio acontece a Bustamante con su Armonía fúnebre, composición que si él mira con vivo interés y decidida preferencia, quizá por tocar tan de cerca a su alma, está muy distante de alcanzar ni merecer semejantes honores de parte del público, siendo, como es en efecto, inferior en inspiración y colorido a otras del poeta, y la peor de todas en su versificación.

Y decimos la peor de todas en cuanto a versificación, porque Bustamante, generalmente esmerado y totundo en sus ver-

sos, tiene aquí algunos flojos, inarmónicos y prosaicos, y porque, con excepción de dos o tres pasajes, carece su entonación de esa fluidez y flexibilidad que, por el título de *Armonía* que lleva la pieza, debería ostentarla en muy alto grado. Por lo demás, la artificiosa variedad de metros en que ella está escrita, no alcanzan ni con mucho a satisfacer las exigencias del oído.

Pero lo que no se perdonará nunca a Bustamante es el haber prorrumpido su llanto por la muerte de su hija con esta mallísima estrofa:

Prenda la más querida de mi alma;  
 Mi Luisita, mi ángel, mi tesoro;  
 En tus helados pies mi ardiente lloro  
 Has llevado a la eterna oscuridad!  
 Ayl ahora mis lágrimas son hielo;  
 Hielo mortal que el corazón congela;  
 Mi corazón sin ti ya nada anhela;  
 Ya no habrá para él felicidad!

Una composición del carácter y tono de la que nos ocupa debe contener en su principio las expresiones más atrevidas y enérgicas, los rasgos más notables por la viveza y el colorido, como que ése es el punto en que estalla el dolor y rompe diques la amargura del poeta. *Prenda la más querida de mi alma; mi Luisita, mi ángel, mi tesoro*, es una trivialidad de puertas adentro, un concepto de recámara que las abuelas prodigan a sus nietecillos y las amas a los niños de cría. El último verso es tan prosaico como los dos primeros. Los pies son un lugar poco a propósito. La palabra *lloro* para significar las lágrimas es impropia, debiendo en su lugar decirse *llanto*. "Una esposa que ha perdido a su esposo y llora sobre su tumba, derrama *llanto*". Como Bustamante es cristiano y cree por consiguiente en la resurrección de la carne, es de suponer que haya hecho traición a su pensamiento la expresión *eterna oscuridad* que él emplea para designar el sepulcro. *Congela* no es voz poética, y en sentido figurado se usa mejor el verbo *halar*: así se dice "dolor o espanto que *hiela* el alma, que *hiela* el corazón," y no que "congela el alma, que *congela* el corazón;" "frío mortal que

hiela el alma, que hiela el corazón." y no "que congela el alma, etc."

Mala en su principio la alegría de Bustamante, no lo es menos en su parte final, que contiene un concepto natural y oportuno en sí, pero deslucido por una comparación retórica y por algunos versos lastimosamente prosaicos.

He aquí el argumento de esa elegía:

Comienza el poeta invocando a su hija y dando libre curso al dolor y amargura de su corazón. En el exceso de su angustia llega a dudar de la eterna misericordia. Mas he aquí que un coro de voces celestiales, venidas en alas de su propia fantasía a los oídos del poeta, resuena en las regiones superiores:

Mas... ¿qué armónico sonido,  
Que el oído  
Trasmite el alma perpleja.  
Mudo mi laúd de duelo  
Por unos instantes deja;  
Y el consuelo  
Difunde en todo mi ser?  
¿Qué voces rompen el velo  
De mi espíritu sombrío?  
¿Son los ángeles del cielo  
Que la entrada  
Festegan del ángel mío  
En esa feliz morada  
Con cánticos de placer?

.....

De la orilla del lago de la vida,  
Do me columpio cual tronchada palma,  
Te grito con mi voz despavorida  
"¡Cuánta amargura, oh Dios, hay en mi alma!"  
Y el misero lamento  
Torna otra vez al labio que te nombra,  
Señor, que guardas bajo eterna sombra,  
Esa flor que dio miel al pensamiento.

Pasado este transporte, ocasionado por una ingeniosa cuanto fantástica invención del mismo bardo que llora, continúa éste expresando de un modo llano, pero sentido, su profunda tri-

bulación, hasta que la duda, tan propia en ese estado del alma entregada exclusivamente al objeto que la devora, asoma de nuevo a su flaco espíritu. Clama entonces al Señor y le pide en elocuente plegaria el bálsamo consolador de la fe. En tal estado viene otra vez la fantasía a detener con su varita mágica la impetuosa corriente del dolor. Como aconteció poco ha, y en virtud de una transición semejante, voces armoniosas del cielo suspenden los gemidos y las quejas del padre:

Mas... ¿qué armónico sonido  
 Que el oído  
 Transmite al alma perpleja.  
 En mis labios el gemido  
 Otra vez suspenso deja,  
 Y hace enmudecer mi queja,  
 Y apacigua mi dolor?  
 ¿Eres mi ángel de consuelo,  
 Que del cielo  
 Me mandas cantos de amor?

.....

En la orilla del lago de la vida  
 Viento de soledad sobre mí zumba;  
 Y hace vibrar el harpa enmudecida  
 Con un gemido que arrancó a la tumba  
 Y el mísero lamento  
 Torna otra vez al labio que te nombra,  
 Ángel que hueilas la cerúlea alfombra;  
 Vagando entre la luz del firmamento.

Vienen después a su memoria las dulces horas de felicidad de que gozara cuando estaba en posesión del bien que acaba de perder. Hoy la desolación le cerca por doquier, y el amargo quebranto va a ser su alimento cotidiano. Acuérdate entonces de su esposa, que también gime a su lado: con ella no lo ha perdido todo en el mundo.

Como se ve, la disposición de este argumento no es en todas partes propia del asunto ni de la situación de ánimo en que el poeta se encuentra. A lo natural se ha mezclado en él lo artificial, a la verdad la mentira: quedando de esta suerte casi

sin efecto los rasgos patéticos de que está sembrada la elegía. En buena hora que Bustamante se consuela en su dolor con la cristiana idea de que su hija está en el cielo; pero no por eso ha podido en esos momentos, sin violentar la naturaleza, fingir en su fantasía sonidos armoniosos. Su alma está agitada por una violenta pasión para que pueda pensar en esas invenciones del arte. Esos *ritornellos* en el metro estudiosamente dispuestos, serán quizá en otras composiciones un adorno elegante, pero aquí son hasta una especie de ultraje al dolor. Este es desordenado, irreflexivo, espontáneo en sus arranques; y si en el presente caso hubiésemos de personificarlo, él habría dicho, arrojando sus ropajes y arreos de gala, lo que Fedra en la tragedia de Racine:

Que ces vains ornemens, que ces volles me présent!  
 Queile importune main, en formant tous ces noeuds,  
 A pris soin sur mon front d'assembler mes chevaux?  
 Tout m'afflige et me nuit et conspire á me nuire.

En la alegía Al cadáver de Fany, que, dicho sea de paso, es lo mejor que en su género se ha escrito en Bolivia, encontramos este verso:

¿No es verdad, Fany, que en el cielo moras?

Puede muy bien ser una exageración de nuestra parte; pero es lo cierto que en esta sola y sencillísima frase de Calvo hallamos más ternura, más sentimiento, más piadosa resignación que en muchas de las artificiosas estrofas de la *Armonía fúnebre*.

Lamartine es autor de una elegía intitulada *Getsemaní* o *La muerte de Julia*, que D. Eugenio de Ochoa ha traducido al castellano en cadenciosas silvas. En ésta y en la *Armonía fúnebre* el asunto es exactamente el mismo; pero en cuanto a desempeño, hay entre ambas la misma diferencia que entre Bustamante y Lamartine. El sentimiento está allí expresado con el decoro conveniente. El canto, sin esas variaciones obligadas sobre un mismo tema, que sólo sirven para ostentar estudio y destreza, es grave, tierno y sencillo a la vez. Para que se vea el genio y el arte consumado que han entrado en la concepción de esa elegía, vamos a hacer un descarnado resumen de su argumento.

El poeta fue siempre perseguido por la desgracia. Un instinto fraternal le lleva a los lugares tristes y desolados. Por eso ha ido al huerto de los Olivos, donde el Salvador del mundo apuró las angustias de la agonía. Siéntase allí en una piedra: repasa en su mente todas las amarguras de su vida, y queda a pocos momentos sumergido en un profundo letargo. No lejos había él dejado bajo los cuidados maternos a su adorada hija, la hermosa Julia. En su sueño el poeta ruega por ella al Altísimo. Pero a poco advierte que Julia desfallece, y que, al fin, cae exánime a sus pies. ¡Horrible momento! Herido de muerte se encamina al altar y deposita allí el cadáver de su hija. Julia era su único bien, el alma de su vida. A un sollozo arrancado de lo más hondo del pecho, despierta el infeliz padre anegado en sudor y llanto. Rápido se lanza a sus hogares, suspenso el corazón entre el temor y la esperanza. Llegó en fin. ¿Dónde está Julia? ¡Ay!... ella le espera para decirle adiós, y, pocos momentos después, expira en los brazos de su padre!... Aquí termina la elegía.

Así, la oda de Lamartine es un verdadero drama, con su exposición, su enredo y su catástrofe. Al leerla parece realmente que asistimos a una representación dramática: tan rápido es su movimiento, tan vivo el interés que despierta, tan profundas y múltiples las sensaciones que produce.

Pero es necesario leerla íntegra y en el original, para poder admirar su robusta inspiración, su valiente colorido y los encantos de su armonía. Nuestros lectores perdonará el que traslademos aquí algunos trozos de la traducción de Ochoa:

Al pie del solitario  
 Monte de los Olivos,  
 Hay a la sombra de los altos muros  
 De do cayó Sión desmoronada,  
 Un sitio a do jamás los rayos puros  
 Del sol descienden: casi desecada  
 Del Cedrón la corriente  
 Filtra allí lentamente  
 Una agua escasa entre sus dos riberas,  
 El Josafat allí de sus colinas  
 Con las mustias laderas

Se abre como un sepulcro: en vez de césped  
 Hace la tierra germinar ruinas,  
 Y las raíces de los viejos troncos,  
 Que los siglos desgajan,  
 Las blancas piedras de las tumbas rajan.

.....  
 Para vibrar su corazón al mío

Y filtrar en mi pecho su alma toda  
 Como un puro rocío,  
 Ni un punto de mis ojos apartaba  
 Sus miradas suaves,  
 Y ¡oh Dios! tú sólo sabes  
 Cuánto amor en el fuego se encerraba  
 Con qué mi corazón la cobijaba!  
 Indecisos a fuerza de cariño,  
 Do posarse mis labios no sabían;  
 Provocábalos ella como un niño,  
 Con júbilo inocente,  
 Y a un tiempo a mis caricias se ofrecían  
 Su boca, sus mejillas y su frente.

Y en este corazón que tanto la ama,  
 Yo decía al Señor: "¡Señor, Dios mío!  
 ¡Ah cuántos bienes para ella ansío,  
 Bajo sus pies derrama!  
 Dale toda mi parte de ventura,  
 Y mientras me ilumine la luz pura  
 De esos ojos, mi encanto,  
 De amor y gratitud perpetuo canto  
 Entonaré mi labio en tu alabanza.  
 ¡Ah! cólmala, Señor, de bendiciones:  
 Haz por ella que en todas ocasiones  
 Frutos logre la flor de su esperanza.  
 Guárdale un nupcial leche  
 Y de un esposo enamorado el pecho."

Y mientras de esta suerte dirigís  
 Mis súplicas al cielo, no advertía  
 Que aquellos pies helábanse en mi mano,  
 Y que su frente sobre mí inclinada  
 Cada vez iba siendo más pesada.  
 ¡Juhai! ¡Julia! ¿por qué tu rostro muda?  
 ¿Por qué esa palidez? ¿por qué tu frente

## Heladas gotas suda?

¡Deja esos juegos, ángel inocente!  
Háblame, Julia! tu halagüeño acento  
Vuelva a mi corazón su movimiento!

Otra elegía de Bustamante es la que lleva por título *Una lágtima a la memoria del Arzobispo de la Plata D. D. Manuel Angel del Prado*. Esta pieza literaria es de escasísimo mérito. Conceptos vagos y genéricos, imágenes comunes, versificación sin encantos, a pesar de estar conforme con las reglas de la gramática y del arte métrico, todo induce a colocarla en la categoría de esas composiciones poéticas que diariamente echan al viento por docenas las prensas americanas. Y no se ha de creer que el asunto no ofrezca recursos al poeta; pues antes al contrario es muy fecundo en notabilísimos y sublimes rasgos de valor moral, virtud y celo apostólico, tanto más dignos de admiración cuanto más raros son hoy en Bolivia. Nada dice, por ejemplo, Bustamante de la visita que, a costa de penurias y sacrificios sin cuento, hizo aquel pastor ejemplar a las misiones olvidadas de las vastas soledades del Beni y Chiquitos; nada del cruel ultraje y amargos sinsabores que le llevaron al sepulcro; nada de cuanto le distingue y caracteriza en medio de una multitud sin méritos, de cuanto le da una fisonomía propia y digna del recuerdo y alabanza de la posteridad. La elegía que nos ocupa es una serie de lugares comunes, que así se pueden decir del Sr. Prado como de cuantos obispos o arzobispos que hayan muerto en el mundo; y no hace más efecto sobre el ánimo que si fuera uno de esos discursos de cementerio tan usados en Bolivia, especialmente en Cochabamba, y a los cuales se refiere aquel cuarteto epigramático:

—Temo, ay amigo Morales,  
Morir aquí en Cochabamba,  
—Pero ¿qué temes? — ¡Catamba!  
Los discursos funerales.

Queriendo el gobierno boliviano hacer grabar en el mausoleo erigido en Caracas al Libertador por los venezolanos, una inscripción en que se expresase la gratitud de Bolivia hacia este grande hombre, convocó a todos los ingenios nacionales a un

gran certamen literario para el 4 de abril de 1853, en la capital Sucre, señalando como premio una medalla de oro al autor de la composición que, a juicio de un jurado que nombró al efecto, fuese digna por su mérito literario del objeto arriba indicado.

En virtud de una prórroga, el certamen no tuvo lugar hasta el 6 de agosto del mismo año.

A Bustamante cabe la gloria de haber sido el laureado en este concurso, en el cual también tomaron parte Calvo, Cortés, Galindo, Ramallo, la Mujía y otros poetas bolivianos; una octava real suya fue declarada por el jurado como la mejor y más digna entre las composiciones que se habían presentado; adjudicósele en consecuencia la medalla ofrecida, y la octava, grabada con letras de oro en una hermosa piedra de berenguela, que transportará a Caracas una comisión nombrada por el gobierno, será puesta en el mausoleo de Simón Bolívar para que la lean las generaciones venideras.

Como es de suponer, mucho dio que hablar en esos días la susodicha octava. Profesores de literatura y críticos officiosos se apresuraron a discurrir acerca de su valor literario, comentándola y analizándola de diversos modos. Sentimos no tener a la vista esos documentos, así como también el informe del jurado; informe en el cual se indicó al autor una corrección que éste reconoció ser fundada, puesto que la salvó después, presentando definitivamente el epitafio en esta forma:

## BOLIVIA

### A LA POSTERIDAD

De América el Gigante vels dormido  
Dios y la Libertad guardan su lecho,  
Dominador del Tiempo y del Olvido,  
Su gloria es grande y su sepulcro estrecho;  
Y si del mundo hasta el postrer latido  
Hay fibra ardiente en el humano pecho,  
Se inclinarán los hombres ante el hombre  
Que me dio vida y me legó su nombre.

Este trozo de poesía es una prueba más del prestigio y novedad que dan a pensamientos obvios y aun comunes, los encantos de una Versificación fácil, robusta y armoniosa. No se puede negar que el oído queda completamente satisfecho con la lectura de estos versos, y es muy posible que entonces más de una Imagen se exalte hasta el punto de olvidar que en ellos no están los conceptos a la altura de la entonación musical. Los que saben que la poesía está principalmente en el fondo mismo de las obras, y no en la forma, hubieran tal vez querido encontrar en ese epitafio el gran pensamiento de una generación entera sobre el genio de Bolívar: un rasgo de patética elocuencia rápido, pero inmenso en su alcance y significación, que, ya hablado, ya escrito, ya en prosa, ya en verso, fuese capaz de conmover el ánimo de un modo profundo y duradero. Cuando Bolívar se toma el permiso de hablar a la posteridad, y cuando lo hace para expresar su amor y admiración por Bolívar, su discurso, para que sea verdaderamente digno, es necesario que sea también un discurso sublime. La octava real de Bustamante ¿cumple con estas condiciones? Es evidente que no; y bastarían desatarla en prosa, conservando sus mismas palabras y figuras, para hacer ver de un modo incontestable que sus conceptos no pasan de una elevación poco menos que mediana, y que su principal mérito estriba únicamente en la riqueza de su rima y en la cadencia de sus versos.

Viniendo a los detalles, no se encuentra ella tampoco exenta de algunos defectillos.

A propósito del segundo verso se nos ocurren varias observaciones. En primer lugar, el buen gusto exigía que, en cuanto a valer e importancia, hubiese entre las divinidades o entes que sirven de guardianes al sepulcro del Libertador, una justa y congruente igualdad. La diferencia de categorías entre Dios y la Libertad, es desproporcionalmente enorme: aquél es la divinidad única, real, infinita, por excelencia; ésta es limitada, ficticia como hay muchas otras en la imaginación. Más razonable y fácil (porque esto de personificar virtudes nunca fue obra de romanos) hubiérale sido al poeta decir: La Libertad y la Justicia, o la Libertad y el Patriotismo, o la Libertad y el Genio, etc. En segundo lugar preguntaremos ¿por qué Dios guar-

da el sepulcro de Bolívar y no el de cualquier otro hijo de vecino, a mayor abundamiento el de aquéllos que vivieron santamente en la tierra? Y si en virtud de una ficción poética se ha de suponer, siquiera por un momento, que éste es honor concedido únicamente a los grandes hombres, claro está que no es privativo, ni singular, ni característico de Bolívar. En tercer lugar, si en las más libres y atrevidas combinaciones de la fantasía debe entrar siempre una lógica profunda, aunque no resalante ni ostensible, no merece disculpa la impropiedad metafísica de suponer obrando a Dios y además a su lado a la Libertad, que es una emanación suya, uno de sus atributos, una virtud o calidad, si es lícito expresarse así de su misma esencia. Tanto valdría decir que un general y su mano custodian ésta o la otra cosa.

Nótese que los versos:

Y si del mundo hasta el postrer latido  
Hay fibra ardiente en el humano pecho.

expresan una condición tan implícita, que si se dejase de enunciar no se menoscabaría en lo más mínimo el sentido de lo que antecede y sigue. Este es evidentemente un rípo que el poeta ha encajado aquí para completar los ocho versos de la octava; rípo tolerable quizá en una obra larga, pero de ningún modo en un epitafio, donde debe reinar la más estricta concisión.

Somo los primeros en elogiar el nervio de los pareados:

Se Inclinarán los hombres ante el Hombre  
Que me dio vida y me legó su nombre.

Pero si este último verso produce tan buen efecto por ser el más gráfico y característico de la octava; el único tal vez que da intrínsecamente a conocer que en ésta se trata de Bolívar y no de otro héroe; tal no sucede con el primero en el ánimo de los que se acuerdan de aquel verso de Rioja hablando de Trajano:

Ante quien muda se postró la tierra.

del cual alguno quizá encontrará en el de Bustamante una pálida imitación.

Salvando los lunares apuntados, la octava real que analizamos alcanzará a ser por el brío y sonoridad de sus versos una excelente estrofa de oda o de poema, una flor lozana en una hermosa guirnalda. Pero nunca será un buen epitafio. La luz que éste derrame no ha de ser, en el presente caso esa tranquila y suave claridad de la aurora en los hondos valles, sino el ígneo e instantáneo fulgor del relámpago nocturno en las altas montañas que en un segundo deja contemplar inmensos y variados horizontes.

Entre los epitafios que en el certamen de Sucre quisieron disputar al de Bustamante la palma del vencimiento, los más notables son sin duda los presentados por D. Mariano Ramallo y D. Manuel José Cortés. He aquí el primero:

Sobre eternos laureles duerme el Hombre  
Que ha llenado dos mundos con su gloria:  
Es BOLIVIA la cifra de su nombre,  
LA LIBERTAD DE AMERICA es su historia.

He aquí el segundo, tal cual lo encontramos en una colección de poesías inéditas de Cortés, con que nos favoreció hace algún tiempo. D. Daniel Calvo, amigo del autor:

Los siglos os dirán quién es el Hombre  
Que dejó a un mundo Independencia y gloria:  
Es BOLIVIA la cifra de su nombre,  
LA LIBERTAD DE AMERICA es su historia.

Marzo de 1853.

Lo que más llama la atención en estos epitafios es su semejanza, la cual es tanta que los dos últimos versos del uno son iguales a los dos últimos versos del otro. Temiendo que hubiese aquí una equivocación, escribimos al Sr. Ramallo consultándole sobre el particular, y nos contestó lo siguiente: "Con respecto a su duda de la coincidencia de los dos últimos versos de mi epitafio al Libertador con los dos últimos del de Cor-

tés, no sé qué decir a Ud., amigo mío. Yo concurrí al certamen literario a mi regreso del destierro, en julio de 1853, y Cortés estaba entonces emigrado a consecuencia del descalabro de Mojo. Elio es en verdad un misterio; pero yo puedo asegurar a Ud. que no he copiado a nadie".

Nos complacemos en asegurar que así también lo creemos nosotros, y no encontramos dificultad para que en esta vez hubiese ocurrido realmente una coincidencia. Las obras medianas suelen ser iguales o parecidas; sólo las que llevan impreso el selio del genio son singulares, únicas. Esos dos epitafios son semejantes, bien así como lo son esas imágenes de santos que fabrican nuestros escultores. Pero no hay más que un solo Apolo de Belvedere.

En otra colección de poesías inéditas de Cortés encontramos esta variante de su epitafio:

No una losa, los siglos, del grande Hombre  
Al mundo mostrarán la inmensa gloria:  
UNA NACIÓN, dirán. LLEVA SU NOMBRE;  
LA LIBERTAD DE AMERICA ES SU HISTORIA.

Esta forma dramática da sin duda más fuerza al pensamiento, pero no quita el que hubiera sido todavía mejor escribir únicamente en la tumba de Bolívar:

Una nación lleva su nombre;  
La libertad de América es su historia.

Al ver estos nobie pero impotentes esfuerzos para honrar al Libertador no puede uno menos que exclamar con el poeta venezolano Martín:

¡Fuéra toda inscripción! Ninguna encierra  
Harto valor, grandeza y energía.  
¿Queréis honrar al grande de la tierra?  
Poned: BOLIVAR, en su tumba fría.

Pero el defecto ha sido en cierto modo general en América. Las hazañas del genio inmortal de nuestro Continente, han

sido el tema de los cantos heroicos de muchos poetas americanos. Hanle celebrado en sus prodigiosas marchas, en su indomable constancia, en medio del furor de los combates, en sus triunfales entradas a las poblaciones, en los blenes de la independencia debidos en gran parte a su mente y a su brazo. A este armonioso concierto de entusiasmo y admiración, se han mezclado los triste y graves acentos que recuerdan el ostracismo y la muerte del héroe. Honra altamente a los bardos americanos el que así como proclamaron con trompa marcial la gloria inmensa, hayan pulsado el laúd para llorar el inmenso infortunio de Bolívar. He aquí un catálogo de las composiciones poéticas, de nosotros conocidas, que tienen por asunto al Libertador:

A BOLIVAR, oda, por D. Abigail Lozano.

A BOLIVAR, oda, por id.

HOMENAJE A BOLIVAR, oda, por D. José Antonio Maltín.

PARALELOS, CANTO A BOLIVAR, por id.

CANTO A BOLIVAR, por Terepalma.

A BOLIVAR, oda, por D. Cristóbal Mendoza.

EL 28 DE OCTUBRE, oda a Bolívar por D. J. Iilas.

MEDITACION SOBRE LA TUMBA DE BOLIVAR, por D. Heraclio María de la Guardia.

ODA ELEGIACA EN LA TUMBA DE BOLIVAR, por D. José R. Yepes.

DELIRIO DE BOLIVAR SOBRE EL CHIMBORAZO, por D. José R. Yepes.

DELIRIO DE BOLIVAR SOBRE EL CHIMBORAZO, por Stenio BOLIVAR, oda, por D. D. Martínez.

A BOLIVAR, canto épico, por D. José Heriberto García Quedo.

BOLIVAR, soneto, por D. Juan Vicente González.

BOLIVAR, soneto, por O. Ramón Isidro Montes.

CANCION AL PADRE DE COLOMBIA Y LIBERTADOR DEL PERU, por D. José Fernández Madrid.

- AL LIBERTADOR EL DIA DE SU CUMPLEAÑOS**, oda por Id.  
**CANCION AL LIBERTADOR EN SU CUMPLEAÑOS**, oda por Id.  
**LA ESTATUA DE BOLIVAR**, oda, por D. Lázaro María Pérez.  
**A BOLIVAR**, oda, por D. Juanario Silva.  
**LA VICTORIA DE JUNIN, CANTO A BOLIVAR**, por D. José Joaquín de Olmedo.  
**AL LIBERTADOR SIMON BOLIVAR**, octavareal, por D. J. A. A.  
**LOA**, representada en el teatro de Lima con motivo de la inauguración de la estatua ecuestre del Libertador, por D. José Vicente Camacho.  
**BOLIVAR Y EL PUEBLO PERUANO**, diálogo, por Id.  
**BOLIVAR**, oda, por D. Néstor Galindo.  
**ODA A BOLIVAR**, por D. Ricardo José Bustamante.

Deben contarse además las inscripciones que concurrieron al certamen de Sucre.

D. José Joaquín de Mora ha compuesto también un himno a Bolívar.

D. Andrés Bello, en los fragmentos que ha dado a luz de un poema titulado **La América**, le dedica algunos versos llenos de fuego y armonía. A este tenor se encuentran alusiones a Bolívar en muchos cantos patrióticos y heroicos de poetas americanos.

Los señores Juan Vicente González, Francisco Aranda y Ponte, y N. Camacho, han escrito sobre el mismo asunto calurosas páginas de poesía en prosa.

Muchas de estas composiciones son notables por la dignidad de los pensamientos, por el fuego y grandeza de las imágenes, por la galanura y brillantez del estilo, por su lenguaje lleno de encanto y armonía, y no sin frecuencias están sembradas de rasgos tan valientes como éste de Bustamante:

Porque tú eres el libre entre los grandes...  
 Porque tú eres el Cóndor de los Andes...  
 Y el Águila francesa y su legiones.

Y las romanas Aguilas guerreras,  
 Cual tú las bendiciones  
 No alcanzarán de las remotas eras!

Pero en nuestro humilde juicio no han hecho todavía los poetas americanos más que la pintura exterior y aparente de Bolívar, y no han alcanzado a expresar las ideas más profundas y los sentimientos más íntimos que éste ha debido inspirarlos. Han entonado himnos triunfales y tiernas elegías para expresar lo que a multitud y los contemporáneos sienten; pero no han sabido ser los inspirados sacerdotes de las musas, que penetran en los secretos del alma para iluminar la historia, e interesar y conmover a todos los hombres. Han visto desde lejos las irrupciones del volcán; pero no han tenido valor para subir hasta el cráter a escuchar el mugido de las corrientes interiores.

La oda de Bustamante *Ai general Ballivián* es una composición de un mérito poco común. Está escrita en veinticinco octavas reales de una entonación verdaderamente soberbia, y que en la riqueza de sus rimas y en sus cadencias y cortes variados hacen recordar al duque de Alvas, cuya manera de decir grandilocuente también tiene Bustamante.

¡Oh Bolivia luminar fecundo!  
 Si a Dios confla mi amistad su llanto,  
 Quiere arrancarte mi dolor profundo  
 De las regiones del eterno espanto.  
 ¡Varón ilustre que dejaste el mundo!  
 Oye las notas de mi flébil canto.  
 Y da a las cuerdas de mi ronca lira  
 El alto acento que la gloria inspira.

El que principió con una invocación como ésta, después no decae un punto en la fluidez y armonía del verso, ni en la dignidad y elevación del estilo; sino que más bien aumenta por grados el esplendor y grandeza de las imágenes, y la fuerza del sentimiento.

Véanse algunas estrofas:

La corona de espina de la gloria  
 Puso por prez la envidia en su cabeza.

Marcando así del tiempo en la memoria  
 Cuánta es de un pueblo ingrato la flaqueza,  
 ¡Oh grave ejemplo de la humana historia!  
 Después que el hombre conquistó grandeza  
 Con heroica virtud, es necesario  
 Que la tumba se eleve de un calvario!

.....  
 Pueblo inconstante, si olvidaste un día  
 A quien tan grande consagró en tus aras  
 Cuanto ardor en su pecho contenía,  
 Para que al mundo, en el cenit brillaras  
 De fortuna, de prez y nombradía,  
 ¿Por qué no al punto tu esquivéz reparas  
 Y la noble reliquia del guerrero  
 Vas a pedir al sol del extranjero?

Proscrito, él aguardó que a tu ribera,  
 De ese mar de inconstancia en el reflujó,  
 Aun más gallardo su bajel volviera,  
 Y que el ingrato huracán que lo condujo  
 ¡Ay, mísero! a buscar playa extranjera,  
 De Augusta libertad al santo influjo  
 En un viento propicio se tornara,  
 Que a un porvenir sin sombras le llevara.

.....  
 Ay! borra tal baldón, patria, y levanta  
 Tu grito de pesar hasta las nubes;  
 Gloriosos himnos a su nombre canta;  
 Y, si a la altura de cien siglos subes  
 En vida y en poder, la egregia planta  
 De tu Illimani audaz, que a los querubes  
 Usurpa la región del firmamento,  
 De Ballivián sustente el monumento.

.....  
 Ay! de Bolivia sobre el suelo santo  
 Tus restos vengan a dormir un día;  
 Que no se pierdan bajo el triste manto  
 De extraña zona, donde en noche fría  
 Se guardan lejos de amoroso llanto:  
 Aquí recojan en ofrenda pa  
 Lauros de un pueblo, que pregone al mundo  
 Sobre una tumba su dolor profundo.

¡Cuánto sentimiento y nobleza respiran esas estrofas en  
 que el poeta recuerda los males de su patria!

Sombra sagrada del varón preclaro,  
 De la ignota región en donde moras  
 Oye en el suelo que te fue tan caro  
 Cual rebraman tormentas destructoras.  
 Tu gloria sea el rutilante faro,  
 Que en el espanto de sus negras horas,  
 Salve a la patria de la sirte horrenda  
 A do la empujan por tan triste senda;  
 ¿No prestaste el oído a sus clamores  
 En el supremo instante en que tu pecho  
 Se cerraba del mundo a los dolores?  
 ¿No te agitaste en el mortuario lecho  
 Al ver la inmundicia de los rencores  
 Corriendo en ondas y en raudal no estrecho,  
 Por este suelo que en abyecta vida  
 Es cual precito de quien Dios se olvida?  
 ¡Oh! la clemencia en el empíreo implora  
 Por la flaca razón de los mortales!  
 Bolivia al eco de tu nombre hoy llora:  
 Que a su seno descienda en mil raudales  
 El agua del honor, que el sabio adora;  
 Y en los puros, fecundos manantiales  
 de la paz, de virtud y patriotismo  
 Sus timbres lava, que enlodó un abismo.

Cuentan los viajeros que la línea de montañas que hay en la ribera del mar a la entrada de Río de Janeiro, presenta a lo lejos la maravillosa figura de un gigante tendido con la faz hacia el cielo. El poeta se aprovecha de este accidente de la naturaleza para hacer elusión a la muerte del general Ballivián, que tuvo lugar en esas playas, estampando así en la oda un rasgo muy notable por su colorido:

Del pléyago espumoso del Atlante  
 Las turbulentas ondas tiene a raya,  
 Acostado en su margen un gigante  
 Que es de un trono imperial el atalaya.  
 Al coloso de piedra, fulgurante  
 El sol calienta en brasilera playa,  
 Do se mecen al viento las palmeras  
 En eternas fragantes primaveras.  
 Allí el astro de Ingavi halló su ocaso,  
 Y al lado del gigante allí tendido.

Gigante también él, en su fracaso  
 Al rumor de las oías se ha dormido.  
 Allí la muerte le detuvo el paso;  
 De allí ha lanzado en el postre; latido  
 Ese gran corazón en desconsuelo  
 Un ¡ay! doliente por su patrio suelo.

Sólo un pasaje habría que tildar en esta composición, y es aquél en que, no pudiendo el poeta contenerse en los límites debidos, ha caído en la exageración.

Los siglos rodarán: generaciones  
 Llenas de vida cruzarán el mundo  
 Y dejarán en pos hondas lecciones  
 Del humano esplendor germen fecundo:  
 Se alzarán en Bolivia mil campeones;  
 Empero, dej más alto, no el segundo  
 Serás tú, oh BALLIVIAN, que cual flamero  
 Su sonda alumbrará siendo el primero.

La estrofa es bellísima; pero éste es el caso de exclamar con el antiguo poeta español:

..... "¡Lástima grande  
 Que no sea verdad tanta belleza!"

No menos alroso ha salido Bustamante en el desempeño del Grito de desesperación, del Canto heroico al 16 de Julio, y de la Página enviada al álbum de un amigo. La primera deja una honda impresión en el ánimo, y con esto hemos hecho su mayor elogio. En la segunda se pueden admirar estrofas como la siguiente, en que, después de pintar el exterminio que los españoles causaron en los patriotas de la ciudad de La Paz, dice:

Mas ¡guay! que en el gran libro del destino,  
 Del Ser Eterno la Imperiosa diestra,  
 Con rasgo diamantino  
 Escrito había la venganza nuestra.  
 Y todo fue esperanza y todo vida:  
 Sus campañas Colombia en sangre muestra  
 De opresores teñida:  
 Allí guerrera juventud, clamando  
 Libertad, libertad, con noble acento,

La espada desnudando,  
 La vaina arroja al viento,  
 Y entre mil vivas a la lid se lanza,  
 Contrarrestando la feroz pujanza  
 Del airado español, que el polvo muerde  
 Y palmo a palmo su conquista pierde.

La *Página enviada al álbum de un amigo*, clásica en la forma de su metro, lo es también por la exquisita abundancia de su poesía. En ella ha vencido Bustamante las dificultades de la rima esdrújula, y con tal acierto, que lo que gana la composición en armonía, no pierde, como suele acontecer en casos como éste, en naturalidad y sencillez. A poco de haber principiado su lectura, se apodera del alma una dulce melancolía, y no atina uno a saber cual es el verso, la estrofa, o la imagen que le ha conmovido; porque el sentimiento que respira es un gas sutilísimo que se escapa cuando lo queremos asir.

Las odas: *Al general Ballivián*, *Grito de desesperación*, *Al 16 de julio de 1809*, y *Página enviada al álbum de un amigo*, son los laureles con que D. Ricardo J. Bustamante puede ocupar un asiento honroso entre los poetas distinguidos de la América española.

Santiago de Chile, mayo de 1860.

NOTA. — Publicado en la "Revista del Pacífico". Tomo II. Valparaíso, 1860.

## DANIEL CALVO

**D**ICHOSOS LOS QUE RECIBIERON al nacer los dones del ingenio, y que trajeron al monumento incipiente de la literatura hispano-americana un trozo siquiera labrado en su taller. Para algunos de estos beneméritos obreros los estímulos del renombre, las expectativas de la fama, los lauros de la gloria inmortal.

Pobres de los que llevaron al cultivo de las letras los anhelos más caros y ardientes de su alma, conociendo ellos mismos que las fuerzas más viriles de su espíritu no llegarían jamás hasta la impulsión que inventa y que produce. Ocio estéril son sus labores. Grato olvido descienda sobre ellos si aceptaron su suerte sin envidia, ni amargura, y si antes al contrario preconizaron los títulos literarios de los otros, empleando su sentido común en trillar el sendero todavía agreste de la crítica.

La crítica desinteresada y previsorá nunca estará más obligada a usar de su derecho democrático de examen, como en esta época primitiva y rudimentaria en que nuestros gérmenes literarios se agrupan buscando cohesión y solidez, y cuando los diversos ensayos que aparecen van acaso destinados a las bases y cimientos de la nueva literatura que se levanta.

Hoy por hoy es un libro de poesías, que viene ¿de dónde?: de Bolivia, que busca asilo en tierra de Chile, que se hospeda en